H 9½3
332.4983
a365

ALGUNAS

RECTIFICACIONES NECESARIAS

ARTÍCULOS PUBLICADOS EN "EL FERROCARRIL" DE SANTIAGO

EN ENERO DE 1894

POR

LUIS ALDUNATE

BANCO CENTRAL DE CHILE
BIBLIOTECA
SANTIAGO

VALPARAÍSO:
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA EXCELSIOR, SERRANO 14 Y 16

1894

115.290
5

ALGUNAS RECTIFICACIONES NECESARIAS

I

El Presidente de la República Argentina, señor Saenz Peña, acaba de presentar al Congreso de su país una interesante y documentada «Exposición del estado Económico y Financiero» de esa República.

Es oportuno y es todavía utilísimo, que la opinión y los poderes públicos de Chile conozcan el texto de aquel documento, del cual podrían deducir las más saludables enseñanzas.

La amplitud de criterio que revela el documento aludido para apreciar, en conjunto y en detalle, la situación económica de la República vecina, podría servirnos acaso de estímulo y de ejemplo.

Contrasta, en realidad, en forma muy poco halagüeña para nosotros, el concepto científico y el criterio político, con el cual se contempla y se estima, en uno y otro lado de los Andes, el mismo fenómeno, el mismísimo problema que trae agitados y preocupados á los dos países.

Para nuestros legisladores y gobernantes, y, fuerza es añadirlo, para una parte de la opinión pública nacional, el problema de nuestra actualidad económica, se soluciona y se resuelve en las fórmulas artificiosas de las leyes de conversión.

Cuando hayamos cambiado los veintinueve millones de pesos de la emisión fiduciaria fiscal por otros 29 millones de moneda de oro con ley de 24 d, la obra de la

reconstitución y del restablecimiento de nuestro perdido equilibrio económico, quedará terminada.

Sétimo diae quievit.

Es penosa esta concepción tan pequeña y tan errónea de las exigencias de nuestra actualidad.

Los estadistas y los políticos argentinos se levantan á mucho mayor altura y dominan con vistas más certeras, el campo de acción que trazan á su actividad.

Para el Presidente señor Saenz Peña, el problema de la circulación fiduciaria no es sino un accidente subalterno del gran fenómeno de la condición económica nacional.

Hay papel de curso forzoso en la Argentina y en suma más de diez veces superior á la nuestra, (300 millones de pesos) sencillamente porque el país es deudor de los mercados extraños con los cuales mantiene relaciones de intercambios.

Y, el país *es deudor* porque sus productos no satisfacen el monto de sus consumos.

Nada más, ni nada menos.

Lo único que hay de cuerdo, discreto y racional, á juicio del señor Saenz Peña, es *producir para consumir y producir para pagar.*

La alquimia económica no tiene crédito al otro lado de los Andes. Se halla allí debilitada y desprestigiada, tras larga y dolorosa experiencia, la fé que aquí se ostenta en las imposiciones de la ley, para gobernar acontecimientos, para doblegar fenómenos naturales y universales.

Por eso la «Exposición del estado Económico y Financiero de la República Argentina», se expresa así:

"Felizmente considero que V. H. piensa de la misma

manera y el Poder Ejecutivo confía en la ayuda y eficaz acción del Poder Legislativo, *para encaminar al país hácia la valorización del papel y, en último término, hácia la conversión.*

"Por qué medios?

"Por aquellos que el desarrollo de los sucesos y las necesidades nacionales determinan. El Poder Ejecutivo *no acepta la alquimia financiera* y pretende, por el contrario, encontrar en los medios naturales *que el simple sentido común señala*, recursos bastantes y bien seguros para determinar la marcha en el porvenir de pueblos y gobiernos.

"Para ello necesito daros cuenta suscintamente de las causas que han motivado la inconversión de 1885 y la desvalorización del papel hasta el presente."

Esas causas han sido:

"Los déficits ó desequilibrios en los presupuestos;

"El aumento desmesurado en la deuda consolidada y flotante.:

"El desequilibrio en nuestra balanza comercial;

"Las exigencias del capital extranjero;

"La falta de estabilidad en nuestra vida política».

Entra después, el documento que estudiamos, en un análisis prolijo de la influencia, que debe ser atribuida á cada una de las causas señaladas, en el mantenimiento del curso forzoso y en orden á los resultados que arroja la balanza comercial de ese país, dice:

"Es sabido que las cifras de la balanza comercial no son exactas, pero es evidente también que si el producto se paga con productos, en casos como el nuestro, el exceso de consumo sobre la producción, se ha saldado con el crédito.

"La diferencia entre el mayor consumo y la menor

producción, hay que pagarla, ya exportando metálico del país, ya contrayendo deudas.

"Así nuestra balanza nos ha sido desfavorable, *cualesquiera que sea la cifra exacta*, y el Poder Ejecutivo asigna á este hecho una importancia capital, *no sólo como causa de la inconversión y desvalorización del papel* sino en sus consecuencias para el porvenir.

"Podrán nivelarse los presupuestos, concluir con los déficits, consolidar nuestra deuda flotante, dar estabilidad á nuestros gobiernos por medio de la paz, el orden, la moral pública y privada, *disminuir la cantidad de nuestro medio circulante y á pesar de todo ello continuar bajo el peso de la crisis siempre que nuestra producción no supere al consumo en muchos años, es decir, en condiciones estables y permanentes.*

"Todos los medios indicados hasta ahora y que se señalen en lo sucesivo para combatir esta crisis y encaminar al país por el sendero de la prosperidad, son medios coadyuvantes y nada más. Todos ellos reposan en una condición indispensable, en el desenvolvimiento de nuestra industria y de nuestra producción.

"Hé aquí la base *única* de todo plan financiero."

Descomponiendo, en seguida, los elementos diversos que forman el saldo pasivo de la balanza comercial argentina, añade el Excmo. señor Saenz Peña:

"El anexo número 6, os presenta un cálculo aproximado del monto del capital extranjero incorporado á nuestro país y cuyo servicio debe hacerse anualmente.

"Resultan $ 836.000,000 oro y no sería aventurado elevar esta cifra á 1,000.000,000 porque en este cuadro se prescinde de capitales empleados en diversas industrias o sociedades comerciales, estancias, fábricas, compañías de seguros, etc. etc.

"El servicio anual de esta suma puede calcularse de 50 á 60 millones de pesos oro (ó sea £ 12.000,000)

"Esta exportación anual agregada á la que proviene del desequilibrio entre el consumo y la producción, ha sido la causa poderosa *que ha actuado para la inconvertibilidad de nuestro billete y para el desenvolvimiento de la crisis.*"

Hemos de repetir que causa penosísima impresión contrastar el criterio levantado y ámplio con el cual los gobernantes y publicistas argentinos reconocen los puntos vulnerables de su situación, con las miras estrechas, con el criterio provincial y empírico que ostentan acá ciertos periodistas, políticos y legisladores.

II

En el propósito decidido de cerrar los ojos ante todas las evidencias, no faltarán quienes digan que el saldo pasivo de la balanza comercial argentina, se debe a la cuantía de sus compromisos con los mercados extranjeros y al enorme bulto de sus deudas, tres veces superiores á las de este país.

Sea, replicaríamos de nuestra parte, con la lealtad y buena fé que deben presidir á la dilucidación de estos problemas

Pero, si la deuda pública argentina es muy superior á la nuestra, si su comercio exterior se halla afectado con obligaciones que superan considerablemente á las que pesan sobre los mercados de Chile, es junto con esto evidente que los recursos de ese país son todavía, proporcionalmente considerados, mucho más poderosos que los nuestros.

Bastaría la inmensa extensión territorial de aquel país

(2.894,257 kilómetros cuadrados) para que su riqueza quedase fuera de todo parangón posible con la de Chile.

El movimiento de su población, alcanza á términos que nos son de todo punto desconocidos.

El crecimiento inmigratorio argentino en el último quinquenio (1888-1892) fué de 500,000 individuos, ó sea 100,000 por año.

Hé aquí un segundo elemento de riqueza del cual carecemos en absoluto.

A igual distancia nos hallamos de la fuerza productora de ese país.

Es sabido que la República Argentina que produce el 22 % de toda la lana que se consume en el mundo, ocupa el *tercer lugar* entre las naciones del globo, por su riqueza ganadera, en la cual solo la superan los Estados Unidos y la Rusia Europea.

En 1892 había en la Argentina 22.000,000 de cabezas de ganado vacuno, 5.000,000 de caballares y mulares; y el ganado ovino ascendía á la enorme cifra de 75 millones.

La producción agrícola general del país, guarda análogas proporciones.

En el quinquenip último de 1888-1892, *se exportaron:*

Trigo (toneladas)	$ 1.395,294
Maíz.	1.814,024
Lanas	685,164
Carnes.	321,115

La industria fabril que entre nosotros es nula y se halla explotada en absoluto por extranjeros: alcanza en la Argentina proporciones más y más cosiderables.

En sólo la ciudad de Buenos Aires exitenten trescien-

tas cuarentas y siete fábricas, que trabajan con un capital aproximado de cuarenta millones setecientos mil pesos ($ 40.700,000).

Hay en el país 74 fábricas de cerveza que han llegado á producir 8.578,139 litros. Existen actualmente 193 fábricas de alcohol con un producido de 37.000,000 de litros, trescientas sesenta y cuatro fábricas de licores que dan 4.011,047 litros y seis fábricas de fósforos con un poder productivo de 125.000,000 de cajas.

La producción de azúcar, que diez años atrás era de *12,000 toneladas*, alcanza hoy á 35,000. El país no sólo se abastece de este importantísimo y valioso artículo, sino que le exporta ya en proporciones considerables.

Todo esto hace decir, con legítima satisfacción, al Presidente Saenz Peña, que los ensayos industriales de la República al amparo de los derechos aduaneros y á la sombra de la depreciación del medio circulante, "auguran para el porvenir una suma de riqueza, producida *fuera de todo cálculo.*"

Y bien, los mismos gobernantes, los mismos publicistas, los mismos estadísticos argentinos que así describen la marcha prodigiosamente ascendente de la industria y de las fuerzas productivas del país, no sólo admiten *la posibilidad* sino que comprueban *la efectividad* de muy gruesos saldos pasivos en la balanza del comercio de sus intercambios.

Estimados incompletamente, según el Excmo. señor Saenz Peña *esos saldos, imponen al país un gravámen de £ 12.000,000 anuales y á ellos deben exclusivamente la inconversión de 1885 y la desvalorización constante y progresiva del papel de curso forzoso.*

La inteligente previsión y el levantado patriotismo con el cual se señalan, allende los Andes, las verdaderas cau-

sas que contrarian su jigantesco progreso, no se comprenden entre nosotros.

Los seudo publicistas, los legisladores, los periodistas y los gobernantes que han concebido y que sostienen las leyes de Noviembre del 92 y Mayo del 93; rechazan in limine, con grotesca ó finjida indignación y sin darse, por cierto, la pena de razonar, hasta la verosimilitud de un desequilibrio entre las producciones y los consumos nacionales.

Y, entretanto, es un hecho fuera de toda redargüición posible, que, á diferencia de lo que pasa en la República vecina, la fuerza productora del país marcha en razón inversa de aquella.

Sería largo y sobre todo, sería inútil, detenernos en repetir una exposición de hechos que de antemano tenemos avanzada y, en cuanto es posible, documentalmente comprobada.

Ni los inspiradores de las desgraciadas leyes de conversión ni sus turiferarios y satélites, han podido negar, por ejemplo, que la más potente de las riquezas nacionales, la industria cobrifera marcha en lamentable decadencia, y que merced al agotamiento relativo de esos minerales y á la extraordinaria disminución de sus precios en los grandes centros de consumo; llevamos perdidos desde 1875 hasta la fecha, mas de veinte millones de pesos de 38 d, en el valor exportable de este artículo.

La producción de la plata no está ménos comprometida. Este ramo de la industria nacional que representa, aún después de sus enormes depreciaciones, otro ítem de veinte millones de pesos en la masa de nuestros valores de retorno, pasa en estos instantes por todas las incertidumbres, amenazas y peligros que le crean sucesos

harto notorios que no necesitamos recordar y que hacen precaria y aleatoria la vida misma de la industria.

Nuestra agricultura, ensanchada, sin disputa, en los últimos años, lucha, sin embargo, con la decadencia de precios de sus producciones exportables, unida al alza de los jornales.

Hasta hoy la industria agrícola ha podido ofrecer espectativas halagüeñas al trabajo, porque la auxiliaban eficazmente la facilidad del crédito y la relativa baratura de los capitales de explotación.

La crisis monetaria artificial, la restricción del crédito y el alza de intereses que se han servido traer á nuestros mercados los legisladores y publicistas de la conversión, refluirá abrumadora sobre el porvenir de la industria agrícola y cooperará con admirable oportunidad y eficacia, á la postración y al abatimiento de esta importante rama de la actividad nacional.

Y, como ya lo hemos visto, la agricultura chilena no representa, como acontece en la República vecina, una masa de productos que sirvan para satisfacer las exigencias de los consumos internos á la vez que constituyan el factor más importante de la riqueza pública. Muy léjos de alcanzar nuestra agricultura un carácter y una importancia semejante, hemos demostrado con anterioridad que en los intercambios de esta clase de productos, el país tiene un saldo pasivo que asciende muy próximamente á $ 7.000,000.

Mucho menos admite parangón la riqueza fabril de uno y otro pais, ya que la nuestra es casi nula y se halla explotada exclusivamente por el capital y la industria extraña.

Nuestras estadisticas demuestran, hasta alli donde sus cifras no han podido ser desfiguradas, que el comercio

exterior del país con todas las secciones del continente sudamericano, nos deja resultados uniformemente adversos. En los intercambios con la Argentina, aquellos resultados son casi inverosímiles.

Y, como término final de este rápido bosquejo de las fuerzas productoras de uno y otro país, el movimiento de sus poblaciones respectivas, resume más elocuentemente que otro dato cualquiera, nuestra manifiesta inferioridad económica.

La Argentina recibe cien mil inmigrantes al año y desde que nosotros iniciamos, cerca de medio siglo atrás, una serie de esfuerzos para provocar una corriente inmigratora hácia nuestras playas, no hemos conseguido reunir el número de brazos con que nuestros vecinos aumentan anualmente los operarios de su progreso.

Cuenta la República vecina con 13,450 kilómetros de ferrocarriles en *explotación* y nuestras líneas férreas no alcanzan al 15 % de ese guarismo.

Ante el conjunto de estas circunstancias que sería ocioso desenvolver más latamente, cobran mayor relieve y notoriedad las extravagantes tésis de los publicistas de la conversión.

Es un absurdo, según esos señores, que hayamos señalado la existencia de un hondo desequilibrio en la balanza comercial del país y que atribuyamos á esa *fantástica invención* la baja en el cambio y en general, todas las dificultades y tiranteces de la hora presente.

No discutiremos estas afirmaciones ante las enseñanzas de la doctrina.

De antemano hemos satisfecho ámpliamente á este propósito y no disponemos de tiempo ni de paciencia bastante para repetir todos los días una demostración que no se puede ó no se quiere comprender.

Basta, por hoy, á nuestro intento, oponer á la autoridad de los legisladores y publicistas de la conversión, la autoridad de los gobernantes y políticos argentinos.

Nadie discute en la República vecina las causas de sus trastornos económicos.

En ese país que cuenta con larga y dolorosa experiencia, recogida en los propios achaques que nosotros comenzamos á experimentar, se acepta con absoluta uniformidad que la causa más positiva y demostrada de aquellos trastornos, son los excesos de sus consumos sobre sus producciones, los saldos pasivos de su balanza comercial.

En ese país que dispone de productos de retorno que ascienden exactamente al doble de los nuestros (113 millones de exportación contra 91.000,000 de internación en 1892) nadie pone en duda, por un solo instante, que el curso forzoso y la depresión en el tipo de los cambios pueda reconocer otro orígen que el desequilibro, ya de antigua data, entre sus recursos y sus gastos.

Es, cuando ménos, signo característico de la anómala situación que atravesamos, que la propia doctrina que hemos tenido el honor de sostener, doctrina que enseñan todos los tratadistas modernos y que proclaman como una verdad inconcusa y elemental los pueblos de más adelantada cultura, no pueda ser siquiera expuesta entre nosotros sin que se levante una grita inconsciente á denunciarla casi como un atentado de lesa patria.

Mas altura de espíritu y de criterio, requiere por cierto, la dilucidación de estos problemas que tan hondamente afectan á los intereses y al porvenir del país, y por eso hemos juzgado útil y más que útil, indispensable, el que la opinión pública de Chile, es decir, la opinión sana y desinteresada en las luchas ó controver-

sias transitorias del momento, pueda beber sus inspiraciones, pueda formar su criterio, pueda sacudirse de los errores en los cuales se la mantiene voluntariamente; en la enseñanza y en el ejemplo de los pueblos que nos han precedido en la propia senda que comenzamos á recorrer.

Las conclusiones á las cuales arriba la "Exposición sobre el estado económico de la República Argentina" presentada al Congreso por el primer magistrado de esa nación no pueden ser más concretas ni más definidas.

Sólo en el desarrollo de la producción nacional, sólo en el esfuerzo del ahorro, que són según el Excmo. señor Saenz Peña, los medios que el *simple sentido común señala*, puede hallarse el restablecimiento económico del pais.

No encontrará, por desgracia, el Excmo. Presidente argentino que nosotros nos hayamos acogido á esos principios *de sentido común*, cuando pretendemos curar todos nuestros males económicos, sin otro recurso que el canje de nuestra raquítica emisión fiduciaria fiscal por una moneda empírica que asomaría en nuestros mercados, tras estériles y ruinosos sacrificios, para escapársenos, en seguida, como una burla y como un castigo sobradamente merecido, de nuestros colosales desaciertos.

Y por eso, por no ser remedios que el *sentido común* acoja ó autorice, nadie ha soñado en la Argentina dictar leyes de conversión *con cambios* á 15 d, ni muchísimo ménos socabar las bases del crédito, minar la riqueza, agotar las fuerzas productivas del país, postrar las industrias con elevaciones artificiales del interés del dinero y barrer, por fin, con todas las economías de ricos y pobres, acumuladas en forma de valores mobiliarios.

No juzgará, lo sospechamos, el Excmo. señor Saenz Peña, que dentro de las indicaciones del *sentido común*

á las cuales se propone subordinar su política económica, quepan muy holgadamente toda esa série de mutilaciones de las fuerzas vivas de un país, como medio de robustecerle, de levantarle y de enriquecerle.

III

Son muy diversos los horizontes que traza á su acción el magistrado argentino.

En presencia de saldos favorables en el movimiento del comercio exterior de los últimos años, que fueron en

1891:

Exportación	$ 99.723,221
Importación	„ 67.207,780

1892:

Exportación	$ 113.370,327
Importación	„ 91.481,163

no trepida, sin embargo, el Presidente Saenz Peña, en denunciar los déficits del comercio exterior de su país, como causa fundamental de la inconversión y de la *desvalorización del papel de curso forzoso.*

Y esta es exactamente la verdad, porque considerado el movimiento general del comercio exterior argentino en un período de veinte años, a contar desde 1873, sus resultados son muy distintos de los que consigna la estadística de los dos últimos años de 1891 y 1892, años de crisis y de restricción obligada de consumos.

Con efecto, según aparece de los interesantes cuadros, formados por el señor F. Latzina, jefe del departamento de estadística, los resultados generales del movimiento comercial exterior argentino, en el período referido, son como sigue:

Importación	$ 1,600.425,645
Exportación	„ 1,370.942,306
Saldo pasivo á cargo de la balanza comercial	„ 229.483,339

Estos $ 230.000,000, unidos á los intereses y beneficios del capital extranjero incorporado temporalmente al país, son los que producen los saldos de £ 12 millones anuales, en contra de la balanza comercial argentina.

Ya que incidentalmente tocamos al cuadro general de las exportaciones é impotaciones argentinas en un período de veinte años, aprovecharemos, aún cuando sea de paso, la oportunidad de contestar á un argumento que los economistas de la conversión derivan revesadamente de datos análogos relativos á Chile.

Si la teoría de la balanza comercial fuera barómetro de la riqueza pública, repiten en coro todos esos señores, es evidente que debíamos estar nadando en oro, porque á contar de 1878 hasta 1891, hemos exportado $ 835 millones, mientras que no se han internado al país sino $ 660.000,000.

Desde luego el dato está muy distante de ser exacto.

Hace apénas cuatro ó cinco años á que la estadística de intercambios se da en pesos de 38 d.

Antes de esa fecha, se estimaban las internaciones en moneda metálica y las exportaciones en moneda corriente del país.

Sin más que este antecedente, las cifras que se apuntan, quedan sin mérito alguno para la deducción que de ellas se trata de desprender.

Pero prescindiendo en lo absoluto de esta circunstancia, hay *un hecho* que los señores economistas de la conversión olvidan voluntaria ó involuntariamente.

Nuestra estadística apunta como exportaciones chi-

lenas, *los valores del salitre*, que precisamente en el período indicado, alcanzan, según la memoria del Superintendente de Aduana de 1892, á la cifra, no muy despreciable, de 366.967,876.

Dignense, pués, borrar los señores del argumento de marras, esos cuatrocientos mal contados millones, que siendo extranjeros hacen figurar por una pequeña distracción en el haber nacional del comercio de intercambios y vendrá redondamente al suelo todo el pedestal de arena de su triunfante dialéctica.

Pero, ni es ésta todavía la única desilusión que aguarda á nuestros contradictores, que les falta aún á su cálculo, nada ménos, que todo el monto de las exportaciones *invisibles*, que en forma de beneficios del capital y de la industria extraña, en forma de intereses de las déudas públicas y particulares, pagos de fletes, gastos de los chilenos residentes fuera del país, etc., etc., etc.; tendrian forzosamente que añadirse al monto *de las internaciones* que apunta la estadística.

Cojidos así al vuelo estos factorcillos, ignorados ú olvidados, resultará en definitiva, que el argumento es de la mas admirable contraproducencia y que sin saberlo y sobre todo, *sin quererlo*, tributan esos señores cumplido homenaje á la teoria de la balanza comercial, ya que demuestran que son los saldos *pasivos* del intercambio, los que han determinado la decadencia constante y progresiva del valor de la moneda fiduciaria.

Conviene, todavía, alargar un tanto más este paréntesis, abierto, por razón de oportunidad, en el curso de nuestras observaciones, para rectificar *otro hecho* que explotan á su paladar, pero con excasisima lealtad, los señores economistas de la conversión.

Cuando nos empeñábamos en demostrar en nuestro

estudio titulado «Indicaciones de la balanza comercial», cuál pudiera ser la cifra, más ó ménos aproximada, de la deuda de nuestros mercados al extranjero, cuidamos de iniciar esos estudios afirmando una y diez veces, hasta con majaderas repeticiones, que no pretendíamos dar datos *medianamente exactos, sino simples cálculos de plausible verosimilitud.*

Y, para que este pensamiento no pudiera ser falseado ni desfigurado el alcance de nuestros propósitos, cuidamos de iniciar esa parte del referido estudio recordando las siguientes palabras de Goschen:

«Es tarea *muy ruda* á cáusa del carácter complejo de los hechos, formarse una idea exacta de los compromisos recíprocos de dos países dados».

Añadiamos aún:

«Página 100. Indicaciones de la balanza comercial».

Dados los antedentes que en sus perfiles generales dejamos expuestos, necesitamos llegar *aún cuando sea con las deficiencias é imperfecciones propias de los hechos que analizamos, á determinar por medio de cálculos de plausible verosimilitud* el monto mínimum de los valores, que como réditos ó beneficios del capital, de la industria y del trabajo extranjero; constituyendo uno de los elementos determinantes del valor del cambio internacional».

Si por el temor de incurrir en errores que son inevitables en esta materia, renunciáramos a todo intento de inventariar estos valores, no cumpliríamos con el propósito fundamental de este estudio que es llamar la atención del país hácia las únicas cáusas reales de la situación económica que alcanzamos.

Admitimos por lo tanto, ó más bién advertimos de antemano que en el capítulo de que se trata, todo cálculo, toda estimación tiene que ser solo apróximativa como que, en realidad,

ellas no descánsan sino en una série de hipótesis más ó ménos probables, pero de comprobación imposible.

Ya verá el lector hasta que punto se nos accionan nuestros discursos por la espalda, cuando se afirma que nosotros hemos fijado en cifras redondas, inflexibles y exactas; el monto de los saldos pasivos de la balanza comercial.

Otra rectificación y no menos gruesa.

Se finge creer o se cree inocentemente por nuestros contradictores, que cuando hemos indicado, como un mero cálculo plausible, que el total de los saldos de nuestros intercambios pudiera ascender á £ 5.000,000, (siete millones de libras ménos que el déficit estimado en la Argentina) hemos tenido el propósito de atribuir á estos déficits, el carácter de regulares y *permanentes.*

Por eso es, sin duda, que nuestros distinguidos críticos nos presentan sosteniendo que existe un uniforme saldo *anual* de £ 5.000,000, en contra del país.

No es estraño que así se interpreten nuestros conceptos, porque como lo afirma delicadamente alguno de esos señores, tenemos la desgracia de *ser confusos y oscuros*, en la expresión de las ideas más sencillas.

Entretanto, habíamos creído huir, siquiera fuese en esa parte, de toda ambigüedad que desfigurase nuestro pensamiento.

Cuando entrábamos al estudio del primero de los factores que determinan los saldos de la balanza comercial, es decir, al análisis comparado de las exportaciones é internaciones, dijimos:

«Página 58. Indicaciones de la Balanza Comercial».

«Ahora bien, según aparece de las últimas publicaciones oficiales, la importación *del año 1892* ascendió á $ 78.003,104 y la exportación á $ 64.205,038.

«Hubo, en consecuencia, un saldo de $ 13.789,066

que representan el exceso de la primera sobre la última.

Y, *partiendo de este primer antecedente necesario*, seguimos, paso á paso, toda la larga série de nuestras deducciones.

Más adelante, cuando analizábamos el segundo de los factores de la balanza comercial, ó sea el precio de los fletes, basamos todos nuestros cálculos sobre el movimiento del comercio de porteo marítimo del mismo año 1892 y así dijimos:

«Página 82. Indicaciones etc.»

Exportación de 1892. Artículos. Flete medio.	Valor en £
Salitres, quintales españoles 17.488,820, 21 d.	834,693
etc., etc., etc.	

Indicaciones igualmente precisas, inalterables, intergiversables; contienen todos los restantes capítulos de nuestro estudio para dejar establecido que analizábamos *la balanza comercial de Chile de 1892*.

Ni habría podido ser de otra manera.

Es absurdo suponer que un estudio de esta naturaleza, pudiera abarcar tiempos, condiciones y situaciones económicas esencialmente distintas.

Por eso decíamos todavía y *textualmente*, aludiendo á la forma de pagos de los saldos de la balanza comercial:

«Página 120. Indicaciones, etc.»:

Así es, por ejemplo, como nosotros venimos aplicando al pago de estos saldos, *que no han sido por cierto de la misma cuantía desde 1878 hasta hoy*, primero el valor de todo circulante monetario de oro y plata de que disponían los mercados nacionales; después el monto de los diversos empréstitos externos que en diferentes épocas, posteriores á 1878, han sido contratados y, por último, la gran masa de valores que forman los efectos públicos, títulos de venta, acciones de sociedades anónimas, pro-

piedades raices, rústicas ó urbanas, minas ó pertenencias salitrales que sucesiva y paulatinamente han ido pasando al dominio de acreedores nacionales."

Perdónesenos la pequeña é inofensiva vanidad de pensar que en esta ocasión, á lo ménos, fuimos claros y sobradamente esplícitos (contra el defecto que nos reprocha un distinguido escritor de este país) y que dejamos limitado el concepto que sosteníamos á términos bien precisos.

Pero, ni todo esto nos ha hecho escapar de que se nos cuelgue la enormidad de haber sostenido *que el país debe anualmente y á contar desde 1878 hasta hoy* y hasta la consumación de los siglos, los mismísimos £ 5.000,000 en que estimábamos el déficit de nuestro comercio de intercambios *para 1892*.

IV

Ya se comprenderá que si así se trata á *los hechos* expresados en cifras y en números, con infinita menos piedad se tratará á las teorías.

Ni el ilustre Goschen logra salir ileso, cargando sólo con la responsabilidad de sus enseñanzas.

Tomando de aquí y de allá pasages aislados sin coherencia ni trabazón, de las distintas doctrinas que ese escritor desarrolla en su tratado de la "Teoría de los cambios extranjeros," se le hace decir, entre otras lindezas, que cuando un país se halla sometido al régimen de la circulación fiduciaria, la ley económica de la balanza comercial cesa por completo en sus aplicaciones.

Nunca ha enseñado, jamás ha insinuado siquiera el eminente canciller inglés, despropósito de tamaño bulto.

El capítulo sexto de su libro que intitula:

"Exámen *de los pretendidos correctivos* de los cambios extranjeros"; refleja sus teorías y sus enseñanzas en términos que excluyen toda tergiversación.

"Así como se ha tomado el hábito decir (expone Goschen) hablando de los cambios, que son favorables ó desfavorables, se dice también generalmente *que pueden ser corregidos.*

"La exactitud de esta expresión es igualmente discutible, élla depende del sentido que se la quiera dar y *de la dificultad de saber si los correctivos son deseables ó no lo són.*

"Es necesario, en todo caso, imbuirse en el convencimiento de que no es, en realidad, la situación efectiva de los cambios la que debe ser corregida, *sino el estado de cosas del cual los cambios no són sino la expresión.*"

Y aquí tienen los seudos economistas de la conversión, su primer disentimiento, su primer choque con Goschen.

No se preocupen Uds., les dice el canciller inglés, *de llevar pretendidos correctivos* á la cotización de los cambios porque esto es inútil, ineficaz, vacío. Preocúpense únicamente de modificar el estado de cosas, *la situación económica*, de la cual el cambio *no es sino la expresión.*"

Y sigue:

"Hemos visto que cierto estado del comercio, ciertas combinaciones de pagos, traen una situación considerada como desfavorable. Por tanto, una modificación de ese estado de comercio, *un cambio en la forma de los pagos* deberían egercer influencia en la dirección contraria. Pero, si se ha conseguido formar una idea *justa de las causas que han traído la situación desfavorable* ¿no se podría aplicar un remedio, directo ó indirecto, *admitiendo que tal remedio fuera deseable ó, en otros términos, que se detuviera la salida del oro?*

"Las exportaciones de numerario son, como ya lo hemos visto, *una consecuencia de la balanza de las deudas*, ó el resultado del distinto tipo de intereses de los capitales *ó de las variaciones en el valor del agente de la circulación.*

"Cuando la exportación de numerario pueda ser atribuida á esta última causa, la cuestión de saber como se pueden corregir los cambios desfavorables, *se confunde con el examen de los medios que puedan emplearse para levantar el tono de la circulación depreciada y para restablecer el equilibrio.*"

Y por fin:

"Parece resultar con evidencia de lo que precede, que cuando los cambios son manifiestamente desfavorables á un país sin otra causa que el estado de la balanza de las deudas, no se puede restablecer el equilibrio sino por dos medios: el primero es el de aumentar las exportaciones y disminuir las importaciones y, el segundo, elevar la tasa del interés. *Cuando los pagos que deben hacerse para cubrir el precio de las mercaderías importadas*, sobrepujan continuamente al monto de los retornos de la exportación; *el restablecimiento de la balanza no puede evidentemente hacerse sino por medio de una suspensión de toda nueva deuda, de un cambio en el curso de las operaciones del comercio.*"

Será cada día mas eternamente cierto el filosófico aforismo del sabio rey don Alfonso:

«El saber de las leyes no consiste en *decorarlas* sino en *comprender su verdadero entendimiento.*»

¡Ni como habría podido Goschen enseñar el anacronismo de que los pueblos sometidos al régimen del papel inconvertible no pueden perder el equilibrio de sus intercambios!

Precisamente el régimen del curso forzoso viene cuan-

do se ha caido en los desequilibrios entre las producciones y los consumos.

¿Por qué llegamos nosotros á la inconvertibilidad de 1878?

No teníamos en 1878 ni papel moneda, ni desconfianzas, ni ajiotages, ni ninguno de aquellos específicos venenosos que, según los señores economistas, legisladores y publicistas de la conversión; son causas *únicas* de la baja del cambio.

¿Por qué caimos, pues, en la inconvertibilidad?

Inútilmente aguardaríamos la respuesta á nuestras interrogaciones porque esa respuesta, dentro del sano juicio, dentro de la verdad de los hechos y dentro de las enseñanzas uniformes de la historia; no es ni puede ser sino una sola que no reconocerán fácilmente los autores de la ley de Noviembre.

La inconvertibilidad de 1878 vino porque el país se iniciaba en la era de los desequilibrios de la balanza comercial.

Consumíamos, desde 1878, más de lo que producíamos y á falta de productos para cubrir los saldos, enviámos nuestra moneda metálica.

Hemos seguido consumiendo muchísimo más de lo que seguimos produciendo y por eso la moneda nó ha vuelto jamás ni volverá, por cierto, traída por las contraproducentes ficciones de los conversionistas.

Por eso dice Goschen, el calumniado maestro de la teoría de los cambios:

«Las exportaciones de numerario son, como ya lo hemos visto, una consecuencia directa de la balanza de las deudas».

Ahora, cuando estos fenómenos *puedan ser atribuidos* á las variaciones en el valor del agente circulante, toda-

vía la cuestión de saber cómo pueden corregirse los cambios desfavorables, *se confunde* con el examen de los medios que puedan emplearse para levantar el tono de la circulación *y para restablecer el equilibrio.*

Es obvio que si el *origen* del curso forzoso es el desequilibrio de la balanza comercial, será una paradoja insostenible y hasta falta de seriedad la que tienda á probar que la ley inmutable de la oferta y la demanda, ó sea, su fórmula consecuencial y derivada, el equilibrio entre producciones y consumos, no rija en los pueblos que han sido arrastrados al curso forzoso por la propia infracción de esa ley.

Los que discurren superficialmente sobre estos problemas un tanto complejos, se pierden en la primera encrucijada del camino.

Y es así como alguno de los doctores más conspicuos de la conversión, afirma con aire de la más perfecta seriedad, que han sido las guerras internacionales y *no la fantástica* balanza comercial, las que trajeron la inconversión para la Inglaterra y para la Francia, para los Estados Unidos y la Italia, para el Austria y la Rusia.

Curiosos estaríamos de saber qué entienden, esos señores, por *desequilibrio en los intercambios*, que entienden por balanza comercial.

Porque, al fin, *las guerras*, como las pestes, como las sequías, como las inundaciones, como las langostas y otros insectos; son causas eficientes y eficientísimas *de perturbación en las producciones de un país, de recargo en sus gastos*, ó sea, del conjunto cabal de los elementos que producen los desequilibrios de la balanza comercial.

Decir, por lo tanto, que la inconversión vino para los países recordados, por las guerras que les envolvieron,

es expresar la misma, mismísima idea que se cree estar combatiendo muy triunfalmente.

«Juro, juro, pater meus,
Nunquam componere versus.»

Así juraba Ovidio abandonar á las musas, *sin darse cuenta de que juraba en verso.*

V

Fuera, por lo demás, ocioso y hasta majadero, volver al análisis de los diversos factores, que actúan en los desequilibrios de la balanza comercial y que, á nuestro juicio, debían estimarse, *para el año de 1892* en £5.000,000.

Y decimos que es inútil reabrir este debate, porque entre nuestras afirmaciones y las radicales denegaciones de nuestros contradictores, no hay médio alguno de comprobación posible.

Querrían esos señores, por ejemplo, que nos aviniésemos á borrar desde luego, lisa y llanamente, de nuestros cálculos, el millón doscientas mil libras esterlinas, en que estimábamos el costo de los fletes que el comercio nacional tiene que pagar á la industria extranjera de porteo marítimo.

Leroy Beaulieu, Fawcet, Molinari, Stuart Mill y Goschen; pondrían gesto extraño ante esta pretensión porque todos ellos afirman *unánimemente* que el primer elemento que entra á formar el *Debe* del comercio exterior de un pueblo, es el gasto de trasporte.

En el comercio exterior entre dos grandes potencias marítimas, como los Estados Unidos y la Inglaterra, se han producido siempre, como lo afirma Fawcet, diferencias tan considerables para su balanza comercial que

han compelido al primero de esos dos paises á elevar en vastas proporciones la exportación de sus mercaderías hácia Inglaterra como único medio de cubrir el importe de los fletes. Se estima que el ochenta por ciento (80%) del comercio exterior de los Estados Unidos, es acarreado por buques ingleses.

Pues bien, entre nosotros, el ciento por ciento de nuestro comercio exterior, es trasportado en naves extranjeras.

¿Por qué no pagariamos estos servicios como les pagan todas las naciones del mundo y aún los grandes paises marítimos?

Cuando escribíamos sobre este punto, cuidamos de anticipar la objeción que podría hacérsenos y, no preveíamos mal, porque la objeción ha venido repetida en el mismo tono por todos nuestros contradictores.

No hay para qué preocuparse de fletes, se ha dicho, porque su importe está embebido en el precio de aforo de los artículos de la internación.

Pues esto es precisamente lo que nosotros negamos.

Pueden existir diez, quince ó veinte reglones de los artículos de nuestra internación; en los cuales el aforo aduanero sea tan alto que permita incluir en el costo total á cargo del país, el precio de los trasportes.

Pero junto con esto será también exacto que en otros tantos reglones de nuestra internación, los aforos son tan bajos que no alcanzan á cubrir el precio de costo de las mercaderías.

Entre unos y otros hay, cuando menos, compensación.

¿Por qué, entonces, se pretendería que la industria extranjera del porteo marítimo, no representara para nosotros, como representa para todos los paises del mundo, un gravamen muy real y efectivo?

Se han dejado correr, no sin tentativas de protestas y de reducciones inverosímiles, los cálculos del costo de servicio de las deudas públicas, de los gastos de nuestros connacionales en el extranjero y de algunos otros factores menudos de la balanza comercial.

Pero, cuando se alcanza á los que más gravemente afectan la situación económica del país, tales como los réditos del capital extranjero y los beneficios de su industria, llueven las denegaciones y los subterfugios.

Quién pretendería que no son exactos los cuadros que hemos publicado de los valores en custodia que guardan los bancos, en bonos hipotecarios ó efectos públicos pertenecientes á extranjeros.

Quién otro sostiene que semejantes valores están nacionalizados y van á pedir carta de ciudadanía para no salir jamás del país.

El de más allá afirma que es exageradísimo fijar en *cinco por ciento* los beneficios del comercio extranjero de internación por mayor y, en otra cuota igual, los que produce el comercio de reventa.

Ni siquiera se concede que la tierra que pertenece á extranjeros dé frutos para sus dueños, ni que sus ferrocarriles, sus bancos ó sus minas les retribuyan beneficios; ni que sus industrias ó la remuneración de su trabajo, puedan representar ganancias que escapen de nuestro territorio.

Todo eso anda por ahí escrito y todo conspira á manifestar que se trabaja gratis para este felicísimo y excepcional país y que los capitales extraños que en formas diversas y en sumas cuantiosísimas existen en nuestros mercados, han de permanecer en ellos perpétuamente sin que se retiren sus réditos, ni sus beneficios.

Sería candoroso de nuestra parte contestar á este linage de observaciones.

Hallámosnos sí, en perfecto acuerdo con nuestros contradictores, en que el capital extranjero no se retira en períodos fijos, semestrales ó anuales, porque es más fino y más inteligente de lo que se le supone. Y es por esta circunstancia, que hasta hoy no sentimos toda la influencia que este hecho tiene, en realidad, en la balanza comercial del país. Los saldos, los beneficios de esos capitales están, por el momento, con las puertas cerradas para escapársenos violentamente porque el estado de los cambios no les permite una salida holgada y conveniente.

Pero, cuando los señores economistas de la conversión, ensayen nuevamente otro empréstito externo, como el del año último, lo que no sería inverosímil ni improbable; veremos repetirse en mayor escala el fenómeno aquel de comenzarse á realizar una enagenación extraordinaria de letras á 20% para terminar á 16 d.

Entre tanto, sería una inocentada creer, que porque la balanza del comercio exterior no se liquida todos los años ó todos los meses; sus efectos se atenúan ó se anulan. Los réditos ó beneficios industriales del capital y del trabajo extraño que quedan entre nosotros, siguen ensanchando el espacio que ocupan en el organismo económico nacional.

Es exacto que estos capitales están expuestos, como cualesquiera otros, á contingencias de pérdidas.

Es exactísimo todavía que mientras estos elementos de trabajo y de progreso buscan su propio beneficio, operan también el beneficio del país.

Todo lo cual, como lo hemos observado de antemano, nada tiene que ver con el punto concreto que fué mate-

ria de nuestro estudio y que ha suscitado las críticas de que nos ocupamos.

Lo que hemos sostenido y lo que insistimos en afirmar, es que, para no engañarnos bobamente á nosotros mismos, para darnos cuenta de nuestra verdadera condición, para explicarnos el por qué nuestras producciones no bastan á pagar los consumos del país, para formar en fin, con mediana exactitud, la balanza de nuestros intercambios; es indispensable dar lugar y lugar apropiado á todos los elementos que entran en su composición, sea en forma de internaciones de productos extraños, sea en forma de *exportaciones invisibles*, como los economistas denominan, al conjunto de deudas y de retribuciones que afectan al comercio exterior de cada país.

Pasa a este respecto algo que es verdaderamente singular, pero que da la medida del criterio con el cual se aprecian estos fenómenos.

Cuando formábamos, aproximativa é hipotéticamente se entiende, el cálculo de los saldos probables del intercambio, dimos lugar, como era imprescindible, al monto de las utilidades extranjeras provenientes de la explotación de salitres y yodos, estimadas según datos oficiales y comprobadas por informaciones particulares, concordantes y sérias.

Pues bien, no ha faltado quienes afirmen, con el tono de seguridad más perfecta, que hemos inventado un nuevo factor que colgar al Debe de la balanza comercial, porque es manifiesto que las ganancias de los industriales salitreros *no son gravámenes* que pesan sobre el país.

¿Necesitaremos recoger todavía semejante género de críticas?

Parécenos que sería suficiente decir que cuando tales objeciones se formulan es sencillamente porque andan

revueltas é informes las nociones más elementales de lo que significa la teoría misma de la balanza comercial.

No sosteníamos, por cierto, el despropósito de que las utilidades salitreras fueran gravámenes para el país.

Sosteníamos y continuamos sosteniendo, con perdón de la extraña crítica á la cual nos referimos, que deben deducirse del monto atribuido por la estadística á nuestras exportaciones, todo el importe de los salitres (deducción hecha del costo de producción y del impuesto) por la sencillísima razón de que son valores extranjeros.

Donoso balance de su propia hacienda harían nuestros críticos si para saldar su pasivo hicieran figurar en el Haber al lado del importe de su propia casa, el del prédio del vecino.

La estadística *de 1892* hacía otro tanto, no por ignorancia, sino por la imposibilidad de distinguir el origen de los valores exportados y asignaba, en consecuencia, á la masa de las producciones nacionales de retorno, un total importe de $ 64.205,038.

Y bien, nosotros sosteníamos únicamente que, para los efectos de la balanza comercial, era indispensable deducir de esos sesenta y cuatro millones, el millón cuatrocientas mil libras á que ascendían las utilidades calculadas del salitre, que no son productos chilenos.

Sin incurrir en errores tan capitales, algunos otros críticos nos reprochan de exageración en el cálculo, porque quieren á toda costa que Chile tenga una cuota en esos valores, cuota que unos fijan en un tercio y que los otros reducen al 25 %

Acompañamos muy sinceramente á esos señores en sus buenos deseos, pero no sabemos de donde saldría esa participación que atribuyen al capital chileno en la industria salitrera.

Nosotros, á lo menos, no tenemos noticias de otras instalaciones salitreras chilenas que las constituidas por las sociedades de «Antofagasta» y «Agua Santa».

Esta última que produjo en la temporada de 1892-1893, 689.800 quintales, está dividida en acciones de las cuales un 75% corresponden á extranjeros y sólo el 25% restante á chilenos.

¿De dónde se formaría entonces una cuota de participación chilena en la industria salitrera, que alcanzase siquiera al 10% de la cantidad total producida?

Ni, faltan por fin, otras objeciones más menudas todavía, como aquella de que hemos rebajado en nuestros cálculos los costos de producción del artículo y aumentado, á la inversa, el precio de venta, para hacer subir de esta manera la masa de los valores extranjeros que el salitre representa.

En respeto á la paciencia del lector, no descenderemos á estos argumentos por demás nimios.

Bástenos exponer que los costos de producción, los tomamos de la Memoria del Inspector General de Salitreras, señor Beltran: el precio del artículo, de las revistas comerciales que todos conocen y pueden comprobar, y la cuantía general de la producción, del texto de las resoluciones de la combinación salitrera.

VI

La escuela conversionista *á todo trance*, está condenada á negar la teoría de la balanza de comercio.

Y le sobra razón á su empecinamiento.

Son incompatibles con las verdades que aquella doctrina encarna, las tentativas, destinadas á irremediable fracaso, de llenar con un vaso de agua un cesto desfon-

dado. Con efecto, á ser ciertos los saldos de nuestra balanza de intercambios, es evidente que la moneda de los 24 d no podría tener otras funciones que las de una mercadería, como cualquiera otra, llamada á saldar los déficits del comercio exterior.

Pero, conviene á la claridad de estas «Rectificaciones», seguir más de cerca la peculiarísima dialéctica de los conversionistas.

Si el estado de los cambios no es, según esos señores, la resultante de un desequilibrio entre las producciones y los consumos del país, ¿cuál sería entonces la causa real que determina este fenómeno?

Conocemos, de antemano, la respuesta que se da á esta interrogacion.

El cambio alcanza las extremas cotizaciones á las cuales le hemos visto descender:

1.º Por la desconfianza;

2.º Por el agiotaje;

3.º Por la subsistencia del papel-moneda.

Hasta hoy no han discurrido otra cosa, ni han bajado ó subido una nota en el tono de la canción.

Analicemos, siquiera sea muy someramente, la ley de estas argumentaciones.

¿Qué significa, desde luego, el socorrido tema de la «desconfianza»?

¿Será que, dentro ó fuera de Chile, haya quienes duden de *la solvencia* del Estado para pagar los veintinueve millones de la emisión fiduciaria?

Nó, se apresuran á contestar en coro hasta los mismos conversionistas.

Y en esta vez, por lo menos, tenemos el honor de compartir de sus opiniones.

Sería hasta ridículo recelar de la solvencia del Estado

para pagar $ 29.000,000, cuando le vemos formar presupuestos de *gastos ordinarios por* $ 70.000,000 *anuales.*

Bastaría, por lo tanto, que el Estado economizase *un veinte por ciento de sus gastos ordinarios,* para que *en dos años* quedara totalmente extinguida la deuda de la emisión fiscal.

Cuando se piensa que buena parte del monto del papel de curso forzoso podría pagarse con el costo de los buques de guerra que, por un lujo de previsión, se han mandado construir en la última época; no se concibe siquiera que haya quiénes atribuyan á la subsistencia de estas obligaciones una importancia apreciable como gravámenes del Estado.

Fuerza será creer, en consecuencia, que esta *desconfianza* de que se habla, se refiera únicamente *á la falta de voluntad de los gobiernos* para pagar la deuda del papel.

A este respecto, nada puede haber de más original, que las declaraciones contenidas en una publicación reciente de uno de los conversionistas de más reputada ortodogía.

Los acreedores de Chile por billetes del Estado, dice esa publicación, han esperado durante trece años que se les canjearan sus billetes por oro ó plata y durante ese tiempo «*iban perdiendo la confianza hasta que vino la ley de conversión*».

Será aquello muy exacto, pero es curiosísimo observar que durante esos trece años de descorazonada espectativa, el cambio no bajara jamás de 18 d, (excepción hecha del período agudo de la guerra civil), y que todo fuera dictarse las leyes de conversión para que se pronunciase el tremendo derrumbamiento que hemos venido presenciando y lamentando.

Lo cual prueba incontrovertiblemente que este ele-

mento de la «desconfianza», que es muy positivo y que produce, en realidad, los más trascendentales fenómenos económicos, no es tan ciego ni tan inconsciente como se le supone, sino que es, por la inversa, fino, previsor y discretísimo.

Mientras nadie habló ni soñó con una conversión inmediata, la *desconfianza* en la voluntad del Estado para pagar alguna vez las emisiones fiduciarias, era una desconfianza de 18 d.

Hoy que leyes, promesas y hasta juramentos; nos dán la certidumbre de que el tantos de Julio de 1896, tendremos piezas de oro de 24 d, reemplazando á los billetes de curso forzoso, nos hallamos en una desconfianza de 13 d.

Puede parecer esto un anacronismo, pero lo que es nosotros, estamos muy distantes de creerlo tal.

Nos sentíamos con infinita mayor fé en el próximo restablecimiento económico del país y en la vuelta, más ó menos inmediata, á un régimen de circulación monetaria sério y permanente, cuando le veíamos trabajar y producir, sin promesas de conversión á día fijo, pero con elementos de sólido bienestar y tranquilidad, que cuando le contemplamos hoy, esquilmado de recursos, privado de la mitad del valor de sus ahorros, estrechado en su crédito, limitado en el desarrollo de sus fuerzas productivas y hasta sin fé y sin aliento para las luchas del trabajo.

Entre los engañosos espejismos que pueden perturbar el criterio de los gobernantes, no hay, sin duda, otros más funestos que los que tienen la desgraciada influencia de trastornar las condiciones normales del desenvolvimiento económico de los pueblos.

Tal es lo que ha pasado con esta ya larga série de ten-

tativas para llegar á una conversión violenta, prematura, forzada y, por lo tanto, dañosa é irrealizable.

Por eso es que la opinión de propios y extraños la tiene condenada á irremediable fracaso.

Por eso es todavía que el barómetro que marca con mayor grado de exactitud el crédito de un país, es decir, el tipo de los cambios, ha marchado en constante descenso desde el instante mismo en que se anunciara la realización de la idea y se conocieran los medios con los cuales se contaba para realizarla.

Por eso es, en fin, que tiene tan admirable contraproducencia aquello de atribuir la baja de los cambios á una supuesta desconfianza en la voluntad del Estado para retirar el papel de curso forzoso.

Tienen los franceses un proverbio que dice:

«En materia de etimología, las palabras son como las campanas; se les hace decir lo que se quiere».

Lo que es entre nosotros, no sólo en etimología sino en lógica, no sólo las palabras sino hasta *los hechos* y *las cifras;* tienen aquella acomodaticia condición.

La *desconfianza* en el pago inmediato de las emisiones fiduciarias fiscales, sería la causa directa de la baja de los cambios.

Llueven leyes, promesas solemnes, declaraciones absolutísimas de verificar esos pagos el día tal á tal hora y lejos de *disiparse aquellas desconfianzas y de subir los cambios;* baja uno por uno, hasta seis puntos, el termómetro que marca los grados de crédito que merece la firma del Estado.

Y no falta después quien afirme, con toda solemnidad, que «los acreedores de Chile, por billetes del Estado, han esperado durante trece años que se les pagaran sus

billetes por oro ó plata y durante ese tiempo *iban perdiendo la confianza, hasta* QUE VINO LA LEY DE CONVERSIÓN.

Eso dicen las campanas en la lógica *fin de siècle*.

VII

Vamos, ahora, puesto que estamos de prisa, *á la especulación*.

Esta sí que es una causa *eficientísima*, horripilante y escandalosa de la baja del cambio.

A lo menos, los inocentes que puedan estar comulgando las ruedas de carreta que les enderezan á la boca ciertos folletistas y cierta prensa, deben arder en creciente indignación contra los especuladores que tales estragos causan y que, de tal manera, abaten el crédito de la patria.

Por fortuna, no hay en el fondo de estas cuotidianas afirmaciones sino *una gran vaciedad*.

Las letras de cambio no son otra cosa que el valor efectivo, exigible en los mercados de consumo, de todos los salitres, de todas las lanas, de todos los cobres, de todos los trigos, de toda la plata, de todos los cueros, de toda la miel y de todos los pastos, de todo el charqui y de todos los granos; que el país produce y vende al extranjero.

¿Habrá un grupo de diez, de cincuenta, de cien ó de mil individuos; que estén permanentemente adquiriendo todo aquel pequeño lotecito de bagatelas, para acaparar en su mano los giros que representan su valor en los mercados europeos?

Como la hipótesis conduce á un absurdo muy gordo, será fuerza convenir en que *los especuladores* en letras, ó sea, aquellos Titanes que tienen el poder de fijar á su

voluntad el valor de nuestra moneda en relación con la de otros mercados, no son ciento, ni mil, ni diez mil, sino que son *todos los productores del país* que han constituido un estupendo sindicato y que, á una sola voz y como un sólo hombre, fijan un precio usurario á sus productos para estirar y saborear su monopolio.

Lo que hay de más admirable en estas combinaciones, de suyo bastante portentosas, es que los productores agiotistas hayan sido tan palurdos que sólo ahora les ocurriera la profícua idea. De puros tardíos para concebir, han pasado años de años recibiendo por sus productos moneda de papel estimada á quince y á veinte, á veinticinco, treinta y hasta cuarenta peniques.

A su turno, los compradores de las letras, ó sea, los internadores, son tan idiotas que se dejan explotar miserablemente por los productores, cuando les bastaría formar su sindicato para imponer la ley y el precio de las letras.

Apresurémonos á levantar estos gravísimos cargos contra los unos y contra los otros.

Ni es cierto que los productores exploten á los internadores ni que éstos sean tan imbéciles, que se dejen trasquilar mansa é impunemente.

El precio de las letras, como el precio de todas las cosas que están en el comercio humano, depende de su relativa escasez ó abundancia, ó sea, de la ley elemental de la oferta y la demanda.

¿Hay producciones exportables en exceso de los valores que el comercio deba pagar al extranjero, es decir, en exceso de las internaciones y de las exportaciones invisibles?

En tal caso, las letras estarán con premio.

¿Son idénticos ó son análogos unos y otros valores?

En tal otro evento, las letras se venderán á la par.

Pero, si como ocurre en nuestro caso, el valor de las producciones *exportables* no representa sino un tercio ó un veinticinco por ciento de las internaciones unidas á exportaciones invisibles y á la demanda extraordinaria por retiro de capitales; será entonces evidente que el precio de las letras, solicitadas por tales causas en proporciones tan exageradamente superiores á la oferta, tendrá que subir en términos correlativos.

Hasta aquí, como se vé, *la especulación* es inocente de todos los pecados que se le cuelgan.

Pero, no por ello sería exacto decir que no tiene papel alguno en el juego de estos fenómenos.

Es evidente que entre el productor que vende las letras y el internador ó el deudor de saldos en el extranjero que las compra, hay toda una categoría de agentes intermediarios.

Es evidente también que estos agentes intermediarios han de procurar, por todos los medios que estén á su alcance, obtener una diferencia de precios entre aquel que pagan al productor y aquel que puedan conseguir del comprador.

Tal es, ni más ni menos, *el rádio que la especulación* ocupa en nuestro asunto.

No sostendríamos porque sería absurdo, que fuera nímio ó insignificante en su cuantía, este elemento de las diferencias de precios que utilizan los agentes intermediarios del mercado de letras.

Puede, á la inversa, acontecer, que por lo mismo que se trata de valores muy considerables, esas diferencias representen sumas de mucha entidad. Cuando se ha llegado, sobre todo, á cotizaciones de cambio como las que rigen entre nosotros, un cuarto ó un octavo de pe-

nique que se realice como beneficio por los agentes intermediarios del mercado de letras, puede constituir un gravámen sério para el comercio y para el país.

Tal fué, por ejemplo, el fenómeno que vimos producirse cuando se enagenó por propuestas el empréstito autorizado por la ley de agosto de 1892.

Se trataba de una oferta *extraordinaria de letras* que procuraba el gobierno al comercio con el doble propósito de realizar el empréstito ó de convertirle en moneda corriente y de facilitar el pago de los saldos pasivos adeudados á las plazas extranjeras.

Pues bien, si una parte de aquellas letras fueron adquiridas para servir á necesidades reales de este órden, otra suma, relativamente considerable, fué detenida por los agentes intermediarios del mercado para revenderlas con utilidades.

Lo que pasó con la oferta *extraordinaria* de letras provinientes del empréstito, es lo propio que acontece todos los días con el movimiento *ordinario* de esos efectos comerciales.

El productor vende sus letras á los tipos corrientes de plaza en un día dado.

Cuando esas letras no son directamente adquiridas por el internador que las necesita, van á parar á manos de los terceros que las compran para revenderlas con algún beneficio.

Por cierto que esta operación es tan aleatoria y tan riesgosa como cualquiera otra y que si de ella se pueden obtener y se han obtenido beneficios de gran cuantía, puede ser también causa de pérdidas de la misma entidad.

Este sencillo mecanismo del mercado de los cambios, esplica, por lo demás, suficientemente por qué acontece

que se produzcan variaciones por días y por horas en el precio de las letras, variaciones que nada tienen que ver con la condición económica general del mercado.

Hay momentos en los cuales los tenedores de letras alzan su precio porque divisan ó creen divisar una escasez relativa de productos exportables para la quincena ó para el mes siguiente.

Y como el mercado es receloso y obedece en ocasiones á simples nerviosidades, basta el hecho de que un comprador de letras trate de adquirir una suma de libras para que la cotización suba y, vice-versa, es suficiente que ese mismo tenedor del artículo ofrezca vender, para que su vecino y el de más allá hagan otro tanto y el precio descienda en el acto sin otro motivo.

Como se verá, no desconocemos sino que, al contrario, precisamos la existencia real de la expeculación en el cambio.

Queremos solamente que no se desvirtúe, que no se desnaturalice el fenómeno, hasta convertirle en un fantasma de proporciones absurdas.

El recinto que ocupa la expeculación en el mercado de los cambios, es exactamente el mismo que tiene en cualquier otro campo de la actividad comercial.

Se juega á las diferencias en el precio de las letras, como se expecula con el valor de las acciones de una institución de crédito, con los bonos de la deuda pública ó de un establecimiento privado, con el precio de los frutos del país ó de las mercaderías extranjeras.

Las oscilaciones pueden ser más frecuentes en un caso que en los otros, pueden, sobre todo, ser más violentas porque representan un movimiento de valores mucho más considerables, pero la naturaleza del fenómeno es la misma.

Es, por lo tanto, un despropósito mayúsculo, sostener ó creer, que las cotizaciones del cambio se deban á los manejos de un círculo, grande ó chico, de agiotistas, que tendrían la voluntad y las fuerzas necesarias, para alzar ó deprimir á su antojo el precio del oro en su equivalencia con el circulante legal.

VIII

En el mercado de los cambios, como en el de otro cualquiera de los artículos del comercio universal, la ley suprema de la oferta y de la demanda; se cumple con todo su rigor.

El precio de las letras alza cuando hay relativa abundancia de productos exportables en relación con las obligaciones del mercado á favor de las plazas extranjeras y, á la inversa, desciende, cuando estas últimas son superiores á las primeras.

Muy por abajo de estas causas primordiales y fundamentales en la cotización de los cambios, viene á añadirse *la expeculación*, sólo para acentuar un tanto más sus efectos.

Pero, el recinto que ocupa *la expeculación* es estrecho y limitado.

Se puede hacer subir ó bajar *artificialmente* el precio de las letras en un cuarto, en un medio penique, en un penique completo, si se quiere, y hasta en dos; pero los efectos de estos manejos habrán de ser eminentemente transitorios, porque de otra suerte conducirían al más estupendo fracaso de sus autores.

El deudor de saldos del comercio exterior, tiene libre y expedita su acción para comprar directamente del pro-

ductor, salitres, cobres, trigos ó lanas; en vez de adquirir de los agentes intermediarios, las letras que representan esos valores.

Y bien ¿por qué los deudores del comercio exterior, no adoptarían este sencillísimo camino para libertarse de ser devorados por el monstruo del agiotaje.

Sencillamente porque el tal monstruo es muchísimo menos feroz de lo que se le pinta, y porque al internador que necesita letras, le dá, más ó menos lo mismo, pagar los precios que se les exige por ellas que comprar y remesar de su cuenta los productos exportables.

El precio que se le pide por esos productos, unido al costo de fletes, seguros, comisiones y riesgos de la remesa; tiene que representar el valor de las letras con insignificantes diferencias.

Prefiere, en consecuencia, el internador comprar letras aún recargadas con la comisión ó beneficios de los agentes intermediarios del cambio. Y, esto que pasa de ordinario, día á día, es la demostración más notoria y más concluyente de la futilidad y de la vaciedad de la tésis que atribuye, capital y casi exclusivamente, á los manejos del agiotaje, la baja de los cambios.

En perspectiva de una cosecha de cereales abundante, los compradores de granos limitan sus ofertas y reducen los precios del artículo así como ante la probabilidad de rendimientos muy escasos, levantan los precios y multiplican sus pedidos.

La base de *la expeculación* en granos, reside en los cálculos de abundancia ó escasez de las cosechas.

Pasa lo propio con el mercado de los cambios. La tendencia constante *á la baja* que ha manifestado la *expeculación* en letras, proviene exclusiva y únicamente de la escasez de productos nacionales exportables parangonada

con la masa de compromisos de nuestros mercados en favor de las plazas extrañas.

Si la condición efectiva del mercado fuese la inversa, es decir, si realmente existieran más productos que internaciones y deudas, la tendencia de la especulación habría sido *á la alza*, y en tal caso, el beneficio de los agentes del cambio, lo pagarían los productores.

Por lo demás, la especulación en letras, como en cualquiera otra clase de mercaderías ó valores, es uno de aquellos males necesarios é inevitables porque se deriva del uso ó, si se quiere, del abuso de la libertad de comercio.

Es una utopía tratar de poner cortapisas ó restricciones a la especulación.

Durante la guerra separatista de los Estados Unidos, hubo un momento en el cual la suerte de las armas se mostraba incierta y aún adversa para los federales del norte.

Eran violentísimas las convulsiones y los sacudimientos que estas circunstancias políticas, reflejaban sobre el mercado de los cambios. El precio del oro subía por días y por horas y de 102 que valía en abril de 1862, á poca distancia de las primeras emisiones de papel-moneda, llegó á cotizarse, en abril de 1864, á 175.

Juzgó el gobierno y lo creyó también erróneamente una parte del país, que esa violentísima alza en los precios del oro se debía capitalmente á la especulación que se mostraba día á día más poderosa y más audaz. El secretario del Tesoro, Mr. Chasse, recabó del Congreso una autorización que le fué otorgada por ley de marzo de 1864, para que el Estado entrara á competir y á barrer con los especuladores, enagenando todo el oro sobrante de las cajas públicas en cambio de papel de curso forzoso.

Cierto día del mes de abril de 1864, Mr. Chasse se presentó arrogante al mercado de Nueva York y vendió 11.000,000 en oro. El alza se detuvo en un primer momento mientras el mercado se asimilaba aquellos considerables valores y apenas doce días más tarde, el 20 de abril, el premio del oro se había elevado de 175 á 184.

El autor de quien tomamos estas informaciones añade: "El infecundo esfuerzo hecho por Mr. Chasse no desalentó al Congreso y se dictó una nueva ley por la cual se prohibía *toda expeculación en oro.*" Afianzaban el severo cumplimiento de esas resoluciones legislativas, multas hasta por 10,000 pesos y prisión hasta por un año.

La ley hubo de ser obedecida, á lo menos ostensiblemente, el oro dejó de anunciarse en el tablero de las cotizaciones de la Lonja, pero como se comprenderá, se siguió vendiéndole y comprándole como antes de la prohibición. El resultado práctico de esta ley, dictada en 17 de junio de 1864, fué que el día 1.º del siguiente mes de julio la cotización del oro se hubiera elevado á 280, ó sea, más ó menos, en un ciento por ciento. (J. J. Knox, United States notes, pájina 97.)

Por fortuna, el Congreso de los Estados Unidos no se puso en lucha contra los acontecimientos y sirviendo, ante todo, á los altos intereses del país, derogó lisa y llanamente, en 6 de julio de 1864, la ley que equivocadamente dictara *diez y nueve días antes.*

El patriotismo del Congreso americano para reconocer sus errores y enmendarlos, fué tanto más digno de elogio cuanto que hubo de demostrarse prácticamente que la ley de junio perseguía una quimera, combatía á un fantasma, atribuyendo á la expeculación lo que no era sino efecto de la desgraciada marcha de la guerra.

Pocas semanas después de derogada esa inconsulta

ley, cambió favorablemente el curso de los sucesos. La venturosa marcha del general Sherman hácia el Atlántico, la reelección de Lincoln para Presidente de la Unión Americana y la caída de Richmond en poder del ejército federal, hicieron descender el precio del oro, en mayo de 1865, á 150.

Era que el país divisaba la proximidad de la paz y con ella el restablecimiento de su perdido equilibrio económico.

Nos hemos extendido más de lo que deseábamos y más de lo que cabía en el ligero cuadro de estas «Rectificaciones», en el análisis del papel verdadero que tiene la *expeculación* en el precio de los cambios, porque era indispensable, una vez por todas, reducir á sus verdaderos límites este eterno tema de declamaciones cuotidianas y huecas.

IX

Vamos ahora á la tercera y última causal señalada por los autores de las leyes de conversión como determinante de la baja de los cambios, ó sea, la subsistencia misma del papel-moneda.

Es una paradoja sostener que el cambio baje por el sólo hecho de que exista circulación fiduciaria inconvertible.

Lo que hay de exacto y de muy positivo es la proposición inversa, á saber, que «hay papel de curso forzoso porque el cambio está bajo».

El autor del interesante estudio titulado: «El curso forzoso en los Estados Unidos», (señor Clímaco Calderón, cónsul general de Colombia en Nueva York) dice á este propósito:

«En el comercio internacional *la moneda ejerce una función enteramente secundaria,* porque en él no hay *sino cambios de productos* y de los metales preciosos no se hace uso sino para cubrir los saldos, de poca importancia generalmente, que arroja la liquidación final.»

Penétrense nuestros contradictores de la profunda exactitud de esta idea y llegarán al convencimiento de de la completa sinrazón de sus afirmaciones.

Los internadores de mercaderías extranjeras nos traen sus productos para llevarse, en cambio, una suma de los nuestros en idénticas proporciones de valor.

Por lo tanto, si nosotros tuviéramos salitres, cobres, plata, trigo, lanas; etc., etc., en valores iguales ó análogos al importe total de las mercaderías extranjeras que consumimos; el tipo de los cambios se hallaría forzosamente *á la par, aún cuando no tuviéramos una sóla moneda feble* como circulante interno de nuestros mercados.

Las crisis del comercio de intercambios, son por lo tanto, *crisis de productos,* y si alguna importancia, si alguna influencia tienen, en tales eventos, las especies metálicas que existan en un mercado, es la que derivan de su calidad *de mercadería,* habil para ser exportada en pago de los saldos deudores, pero de ninguna manera de su calidad *de circulante.*

Se ha menester, en consecuencia, hallarse dominado de preocupaciones ó de perturbaciones de criterio casi inexplicables, para atribuir la depresión del tipo de los cambios á la existencia del papel inconvertible.

Como lo hemos dicho cincuenta veces de antemano, la circulación fiduciaria no es ni puede ser *causa* porque es sencillamente *efecto* de los déficits ó desequilibrios económicos.

Mientras esos déficits persistan y, con infinita mayor

razón, cuando ellos crezcan ó se reagraven, es de todo punto exteril é ineficaz procurarse, con sacrificios como diez ó como mil; cierta suma de especies metálicas á las cuales atribuir funciones de circulante, porque tales especies no serán jamás otra cosa que *mercaderías exportables* detinadas forzosamente á cubrir los saldos de la balanza comercial.

Por eso, cuando se afirma que el papel inconvertible *es causa* de la depresión del cambio internacional, se afirma una paradoja que no resiste á un análisis sério de los hechos.

Puede hallarse un mercado repleto de papel de curso forzoso en cantidades exageradas y hasta inverosímiles para las exigencias de la circulación; pero si ese mercado cuenta *con productos suficientes* para atender al pago de sus obligaciones externas, el tipo de los cambios se hallará siempre á la par, ó á los alrededores de la par.

Tal fué, por ejemplo, lo que ocurrió en Francia despues de la guerra del 70. Hubo un momento en el cual las emisiones fiduciarias se elevaron á 1,470 millones de francos y el premio del oro sobre el billete no alcanzó á ser *de cuatro por ciento* (4%).

Y, como lo observan todos los escritores ó economistas que han hecho la historia de la inconversión francesa de 1870-1877, aquel mismo reducido premio del oro, no provenía del desprestigio del papel sino del empeño con que la Tesorería y algunos banqueros solicitaban giros sobre el exterior para atender al oportuno pago de la indemnización de guerra. «Se puede decir, en verdad, aunque esta fórmula parezca bastante ingenua que no era que en esos momentos bajase el billete *sino que el oro subía*», según las textuales expresiones de Leroy-Beaulieu.

Comentando estos hechos verdaderamente notorios

en la historia económica moderna, el autor del tratado sobre el curso forzoso en los Estados Unidos, les explica así:

"El floreciente estado del comercio exterior, los valores extranjeros, de que eran tenedores los ciudadanos franceses, las rentas de capitales franceses colocados fuera de Francia, el tributo que, por medio de los viajeros, pagan diariamente á Francia todos los paises civilizados; indican de dónde provino el dinero con que se cubrieron los instalamentos de la indemnización de 1872-1873."

"Cuando la indemnización quedó cubierta, Francia, merced al extenso comercio exterior que sostiene, *tuvo nuevamente saldos á su favor, el cambio declinó* y las especies metálicas exportadas volvieron del extranjero á entrar de nuevo en la circulación del país."

Y esto se hizo por una nación qué, junto con pagar mil millones de pesos oro como indemnización de guerra, *tenía papel inconvertible como único circulante y en la enorme cifra de 1,470 millones de francos.*

No es exacto entonces que la sola existencia de papel inconvertible sea causa de depresión en los tipos del cambio internacional.

Lo que si es exacto, notorio y demostrado hasta la evidencia; es que las crisis del comercio exterior son crisis de *productos* y que la moneda no tiene en ellas, como dice el señor Calderón, sino funciones enteramente secundarias, ya que solo sirve como mercadería para pagar saldos insolutos.

Comprobemos todavía esta verdad irredargüible presentando el fenómeno desde un opuesto punto de mira.

Puede hallarse un mercado en plena circulación monetaria y pueden estas especies circulantes ser de la mis-

ma clase, peso y ley que las de otra plaza comercial acreedora, y sin embargo, no lograr por esto que el tipo de los cambios se mantenga á la par, ni siquiera con las rebajas ó deducciones que se derivan del *gold point*, es decir, del costo de los fletes, comisiones y gastos indispensables para remesar la moneda de plaza á plaza.

Tal es, todavía, lo que pasa en estos instantes mismos en los intercambios de Francia con Italia y España, paises todos de circulación metálica y adherentes á la liga de la «Unión Latina».

Día por día nos dice el cable interoceánico, que el cambio entre Paris y Génova está de 112 á 115 liras por cada cien francos así como el que rige entre Madrid y Paris, ha alcanzado un premio aún más alto, puesto que se requieren 121 pesetas españolas para tener cien francos en Francia.

Lo cual prueba, por opuesto camino, pero en forma igualmente incontrovertible, la tesis que nos esforzamos en demostrar, ó sea, que en el comercio exterior *no hay sino cambio de productos*.

Faltan productos italianos y españoles para cubrir las internaciones francesas en uno y otro país y no obstante ser todos ellos mercados de circulación monetaria *de especies iguales en ley y peso*, prodúcense diferencias en el cambio, que van acentuando día á día su gravedad. Dentro de la inflexible lógica de los principios y de los hechos, si Italia y España no logran aumentar sus producciones *exportables* ó disminuir sus consumos de mercaderías exóticas, tendrán que desprenderse de su circulante monetario para que, *en calidad de mercadería*, sirva en último término, al pago de los saldos de su comercio exterior.

Si fuese exacto, como se pretende, que el papel incon-

vertible lleva envuelto fatalmente el jérmen de su paulatina é inevitable depreciación, habría que admitir estas dos consecuencias rigurosamente necesarias, á saber: primero que á una emisión dada de tantos millones de moneda fiduciaria, debía corresponder una depreciación fija de tanto; y segundo, que aumentando ó disminuyendo las sumas de esas emisiones, debería asimismo aumentar ó disminuir proporcionalmente la desvalorización del papel.

Pues bien, una y otra consecuencia son inexactas y se hallan contradichas en la historia del curso forzoso, así entre nosotros como fuera de nosotros.

Lo que es en nuestro propio país, con emisiones iguales ó análogas en su cuantía, hemos recorrido escalas de cambio desde 38 hasta 12½ d. Hace apenas tres años á que con una emisión próxima á sesenta millones de pesos, teníamos cambios, en plena lucha intestina, que no bajaron de 15½ d. Hoy, con emisiones que no llegan á la mitad de aquella suma, hemos tenido y conservamos cambios al rededor de 13 d.

Este mismo elocuente y significativo fenómeno se ha presentado en todas partes.

Así en Inglaterra, en 1813, con una circulación fiduciaria de £ 16.790,980, el premio del oro era de 142%.

Al siguiente año, 1814, con una circulación de £ 18.703,210, el premio del oro había descendido á 115%.

Y lo que es aún muchísimo más significativo, en agosto de 1819, el oro y el papel estaban *á la par* y la circulación inconvertible se mantenía en más de £ 18.000,000.

Cuando se dictó en los Estados Unidos la ley de 14 de enero de 1875, que ordenaba volver á los pagos en

especies para el 1.º de enero de 1879, el oro tenia diez y medio por ciento de premio. (10½).

Según los términos de esa ley, denominada «Resumption Act,» se verificaria, ante todo, el retiro de los billetes fraccionarios para lo cual se amonedaron piezas de plata de diez, veinticinco y cincuenta centavos. Se suprimió, en seguida, la restricción de la emisión de billetes impuesto á los bancos y se dispuso que el Secretario del Tesoro retirase de la circulación, *ochenta pesos* en notas del curso forzoso, por cada cien pesos en billetes emitidos por los bancos, hasta que la cantidad de *greenbacks* quedara reducida á $ 300.000,000.

Esta ley suscitó críticas severas. Se la acusaba de propender, más que á la conversión del circulante, á la indefinida emisión de billetes bancarios y se la tildaba sobre todo, de absolutamente ineficaz para producir el resultado á que se decía encaminada.

Sea de ello lo que fuere, lo que hay de positivo para nuestra tesis, es que durante la vigencia de la ley de 1875, el premio del oro se mantuvo casi estacionario, á pesar del retiro violento de los *greenbacks*. Y lo que hay todavía de más curioso, es que la ley del 75 fué totalmente derogada por la de 31 de mayo de 1878 *que prohibió el retiro de los greenbacks y dispuso que se conservase íntegra su emisión ascendente en aquel día a $ 346.681,016.*

Un mes después de derogada la ley del 75, *el peso de papel valía noventa y nueve centavos y medio*, es decir, el premio del oro habia desaparecido. Seis meses más tarde el 1.º de enero de 1879, los *greenbacks* dejaban de tener curso forzoso por mandato de la ley, pero *el hecho* se había anticipado á la ley y la conversión quedaba operada de antemano por la libre evolución de las leyes económicas naturales.

Hé ahí cómo los hechos y cómo la historia contemporánea del curso forzoso en Europa y en América, se aunan para desautorizar, para contradecir la tesis que corre por acá como una verdad axiomática, de que el papel inconvertible es causa de la baja en el tipo de los cambios porque lleva envuelto en sí mismo el germen de una *fatal depreciación*.

Esas afirmaciones que carecen, como lo hemos demostrado, de toda comprobación histórica, carecen también de base filosófica.

El papel inconvertible lo mismo que cualquier otro título de crédito, que cualquiera otra promesa de pago *á día fijo y cierto*, se deprecia cuando las facultades del deudor disminuyen, sube y recobra su valor, cuando la condición del deudor se restablece.

Es de la esencia de todo título de crédito la alternabilidad y la variabilidad de su valor, y estos atributos cuadran de la misma manera á las emisiones de papel inconvertible de un Estado como á las obligaciones particulares.— Convertibles ó inconvertibles, de curso forzoso ó de aceptación voluntaria, todo título de crédito tiene que correr la suerte que le depare la condición del deudor que le emite.

Por eso hemos visto que durante el período de la inconversión francesa de 1870-1877, el papel se mantuvo á la par con el oro no obstante la enorme cifra de sus emisiones, porque la riqueza del país, porque la vitalidad de sus fuerzas productivas, mantenían el tono de su comercio exterior y la balanza de los intercambios no le fué adversa.

En Inglaterra el fenómeno presentó fases diversas, durante los veinticuatro años de inconversión que siguieron á la magna guerra continental. En el ejemplo de lo

ocurrido en este país, se destaca con mayor grado de evidencia todavía la verdadera doctrina que gobierna este orden de sucesos. El premio del oro descendía en la Gran Bretaña en los instantes precisos en los cuales las emisiones inconvertibles se aumentaban, hasta desaparecer por completo en 1819 en medio de una existencia de más de £ 18.000,000 de papel moneda.

En cambio, cuando las fuerzas productivas del país se encontraron gravemente comprometidas y casi exterilizadas por el bloqueo continental, cuando casi todos los mercados de Europa se cerraron para el comercio inglés, cuando las producciones de que se abastecía en el continente alcanzaron precios exorbitantes; el papel llegó también al máximum de su depreciación (140 %) con emisiones inferiores en su cuantía á las que existieran en períodos en los cuales se le cotizaba á la par con el oro.

Por lo que toca á los Estados Unidos, no necesitaremos repetir que cuando la ley de 1878 suspendió el retiro de los *greenbacks* y ordenó que se mantuviesen en circulación 346.000,000 de papel de curso forzoso, el premio del oro que había sido de 10½ % desde la ley de 1875 que ordenaba la vuelta al circulante de especies, desapareció como por obra de encantamiento y la conversión se operó de hecho seis meses antes del día fijado para efectuarla.

Todo lo cual demuestra á los que no quieran cerrar los ojos á la luz, que sólo en el equilibrio entre las producciones y consumos de un país, sólo en la ecuación de sus intercambios, puede basarse con eficacia la tentativa de volver al régimen de la circulación monetaria.

Es curioso y es instructivo á la vez, el debate dialogado que se suscitó en la Comisión de Bancos y Monedas de la Cámara de Diputados de la Unión Americana,

meses antes de restablecerse el sistema de pagos en especies.

Trascribiremos parcialmente ese debate como conclusión del presente artículo y como la más acabada desautorización de la tesis que hemos venido combatiendo.— Hélo aquí:

Mister Eames.— Deseo hacer á la Comisión en presencia del Secretario del Tesoro una observación que, en mi concepto, es importante al estudiar la cuestión del restablecimiento de los pagos en especie.—Actualmente hay en circulación cerca de 347 millones en greenbacks y 316 millones en billetes de Banco, ó sea un total de 660 millones de papel-moneda. El punto á que deseo llamar la atención del Secretario es éste: si los 300 millones de greembacks son ó no son absolutamente necesarios para los usos comerciales de la nación y si, por tanto, existirá el deseo de cambiarles por oro.

Secretario Sherman.—No creo que nuestra circulación sea excesiva actualmente.—Los banqueros dicen que no hay billetes en cantidad suficiente.— *En tanto que no se tenga confianza en nuestro poder para* mantener los pagos en especie, es probable que se presenten *greenbacks* en grandes cantidades á la redención.

Mister Ewing.—¿Puede Ud. pretender que porque hasta ahora ha tenido reservas de moneda metálica en la Tesorería, á consecuencia de que las notas de curso forzoso no se redimen, continuará teniéndola cuando se restablezcan los pagos en especies?

Secretario Sherman.—Si cuando el oro no circulaba, habia en Tesorería una existencia de este metal sujeto á constantes pedidos, creo que podemos confiar en que, cuando las transacciones se basen en moneda metálica ó

papel redimible en dicha moneda, el oro quedará en Tesorería.....

Mister Buckner (Presidente de la Comisión).—*¿Todo dependería, pues, de la balanza del comercio?*

Secretario Sherman.—En gran parte.

Mister Buckner.—¿Será esa entonces la clave de la situación?

Secretario Sherman.—Sí, señor.

Y el célebre Ministro americano vió sus pronósticos confirmados por el acontecimiento. Con sólo una reserva de $ 135.000,000 en oro amonedado y en barras, que representaba excasamente el cuarenta por ciento (40%) de los greenbacks en circulación, afrontó los pagos en especie y tuvo la satisfacción de ver comprobadas sus previsiones, porque durante todo el curso del año 1879 no se cambiaron por oro sino $ 11.456,536 de papel moneda.

La balanza comercial del país arrojaba saldos favorables y el cambio estaba á la par. El papel valia, en consecuencia, lo mismo que el oro.

Tal era, según la feliz expresión del Presidente Buckner, *la clave de la situación.*

X

En completo desacuerdo con el Presidente Buckner y con el Secretario Sherman, con la Comisión de Monedas y Bancos y con el Congreso americano; no faltan por aquí, á orillas del Mapocho, quienes sostengan que es una *invención fantástica* la tesis de la balanza comercial y que nada tiene que ver el movimiento del comercio exterior del país, con las leyes de conversión.

Sería aquello de no creerlo si no anduviese por allí

escrito, repetido y proclamado como un axioma, en cierta publicación flamante de elevadísima gerarquía conversionista.

A lo que parece, reina descomunal confusión en los propios inspiradores y sustentadores de las tales leyes, aún en orden á su naturaleza, á su alcance y á sus efectos más trascendentales.

Se cree que una ley de conversión es, en el fondo, un simple cange de monedas y que basta que el tesoro público se convierta en una lonja de cambista, para que todo se pase como en el mejor de los mundos imaginables.

No preocupa, por cierto, á estos señores, lo que vendría *antes* del cange de un circulante por otro, ni, muchísimo menos, les importa un ardite lo que aconteceria *después*.

No es dable imaginar una placidez de espíritu semejante.

Para hacer la conversión, no hay, según esos señores, sino dos requisitos necesarios. Es el primero, *señalar la moneda* que debe emplearse para el pago de los billetes y, el segundo, dedicarse á reunir los fondos indispensables para el pago.

Desde luego, aquello *de señalar la moneda* en la cual deba hacerse la conversión, es, cuando menos, una novedad y sólo por exceso de modestia, puede ocultarse la originalidad del pensamiento tras de una pretendida enseñanza de otros paises.

Nó, lo que es hasta hoy, ningún país en el mundo ha recurrido al arbitrio de rebajar el valor de las monedas, de disminuir su ley de fino, para facilitar la transición de un sistema de circulante á otro.

El año 1821, la Gran Bretaña pasó del papel inconvertible á sus antiguas libras y chelines.

La Francia, en 1877, volvió á sus napoleones y á sus francos.

En 1879, los Estados Unidos restablecieron sus águilas y sus dollars.

La Italia, en 1882, tornó á poner en circulación sus liras.

Es cierto que en Austria, país sometido *hasta hoy*, al régimen del circulante fiduciario, una Comisión facultativa, convocada dos años atrás por el Gobierno, para el estudio de diversos problemas económicos y financieros; *opinó que podría atribuirse al gulden, cuando se volviera á los pagos en especie*, un valor de dos francos diez céntimos en vez del de dos francos *cincuenta* céntimos que representaba anteriormente esa moneda. Pero, el informe de esa Comisión, expedido por mayoría de votos y con la decidida oposición de muchos de sus miembros, tenía un fundamento muy considerable. La rebaja de un 16 % que se aconsejaba hacer en el valor intrínseco del gulden, correspondía escasamente á la disminución en el valor comercial de la plata, y, aún cuando no podríamos afirmarlo, nos inclinamos á creer que en Austria como en Chile, el Estado se halla autorizado por la ley de emisión del papel inconvertible, para pagarle en *oro ó en plata*.

Comienza, pues, por no ser exacta la afirmación *de que todos los países* que han restablecido el régimen del circulante monetario, hayan principiado por fijar una moneda *ad hoc* para verificar el pago de sus emisiones de papel inconvertible.

Lo que hay, á la inversa, de positivo y de cierto, es que, hasta este momento, ningún país en el mundo, ha vuelto de la circulación monetaria á la de especies, sino conservando en la integridad de su valor, peso y ley; todo el sistema monetario que rigiera antes de la inconversión.

Y si esto ha sido posible y hacedero á la Gran Bretaña y á la Francia, á la Italia y á los Estados Unidos, es porque en todos esos países, al revés también de lo que asevera la publicación que provoca nuestras rectificaciones, no se ha ideado, no se ha intentado y, muchísimo menos, se ha llevado á efecto la conversión, sino cuando las condiciones económicas la presentaban como realizable, es decir, cuando las cotizaciones de los cambios tocaban á los alrededores *de la par*.

Hemos tenido ocasión de comprobar estos hechos concretamente en cada caso especial.

Hemos manifestado, por ejemplo, cómo es que en Inglaterra, el cambio llegó á la par desde Agosto de 1819 y el restablecimiento de los pagos en especie, no se inició sino dos años más tarde, en 1821.

Hemos visto cómo en Francia, *el curso forzoso legal de los billetes* no cesó sino en 1877 y los pagos en especie se habian restablecido *de hecho* en las prácticas del comercio desde 1875 porque el oro había perdido su premio y era más expedito y más cómodo el uso del papel.

Lo propio pasó en Estados Unidos. Seis meses antes del 1.° de Enero de 1879, dia fijado para el restablecimiento de los pagos en especie, el oro no tenía premio y así se explica el fenómeno de que coincidiera la circulación monetaria con la subsistencia de $ 346.000,000 de *greenbacks* que *hasta hoy* se conservan desempeñando su oficio de circulante. En el mismo año en que se iniciara la circulación metálica, se pagaron con greenbacks más de $ 250.000,000 *de obligaciones exigibles en oro* (J. K. Upton «Money in Politics», página 150).

La misma Italia que llegó *artificialmente* en 1881 á la conversión metálica, habia cuidado de elevar, por medio de dos empréstitos, externo el uno é interior el otro, el

tipo de sus cambios, hasta hacer posible la permanencia *temporal* de ese circulante en sus mercados.

No por esto, los resultados de esa *conversión ficticia*, han sido menos desastrozos.

Se ha vivido en Italia, durante los trece años que lleva de existencia *su conversión artificial*, pagando impuestos hasta por el aire respirable. La deuda pública ha crecido en mil millones de liras, ($ 200.000,000) y la miseria ha arrojado por millares á las clases más desvalidas de esa sociedad, hácia todo los puntos del globo. Como epílogo de esta tristísima historia, que ojalá fuese comprendida y meditada por nuestros gobernantes y nuestros Congresos, tenemos de nuevo á ese país resbalando rápidamente hácia la inconvertibilidad y, lo que es peor, luchando contra las manifestaciones más duras del socialismo y del anarquismo, engendradas y alimentadas por la pobreza.

Con infinita mayor cordura, han evitado estos escollos, aleccionados por la doctrina y por la experiencia universal, dos grandes pueblos de Europa: el Imperio Austro-Húngaro y la Rusia.

Sometido ambos paises *desde un siglo atrás*, al régimen de la circulación fiduciaria, han hecho todo género de esfuerzos para desprenderse de los inevitables males que ese sistema de circulación encarna, pero, es justicia reconocerlo, no han intentado siquiera sublevarse contra las leyes incontrarrestables que gobiernan el desenvolvimiento económico natural de las sociedades.

En 1862, la Rusia llegó á dictar una ley que fijaba el año de 1864, como fecha inicial del restablecimiento de los pagos en especie, *después de haber reunido sesenta millones de rublos en oro* para auxiliar la conversión y después de haber contratado un empréstito de £ 15.000,000

para levantar artificialmente el tono de los cambios. Pero, el movimiento del comercio exterior continuó adverso al país, la balanza de los intercambios acusaba siempre saldos pasivos y el banco del Estado veía disminuidas sus reservas en oro más allá de la enorme cifra de 10.000,000 de rublos mensuales. Se quiso luchar, en un primer momento, contra estas corrientes naturales incontenibles y se llegó hasta suprimir autoritariamente el pago de los billetes del banco del Estado emitidos con el carácter de reembolsables en especies. Pero pronto hubo de reconocerse la exterilidad y la impotencia de todos estos artificios y se retrocedió en la inconsulta senda que se había comenzado á recorrer.

Hemos recordado también en otra ocasión, que el Austria, en 1866, había logrado levantar el precio de su circulante fiduciario hasta colcarle con sólo una diferencia de *tres por ciento* con el oro y que esta nimia y al parecer inapreciable depreciación, fué bastante para que el Gobierno y el Congreso de este país acordaran postergar hasta 1867 el restablecimiento de los pagos en especie.

Sobrevino por aquella misma época la guerra con Alemania y la Italia, volvióse á perturbar profundamente la balanza del comercio exterior del país y *hasta hoy* se aguarda coyuntura propicia para alcanzar éxito en esta empresa, jamás abandonada, pero perseguida dentro de un criterio ilustrado y de una conciencia patriótica.

Es sensible que nos veamos compelidos á trazar á grandes rasgos la diez milésima edición de esta historia de todos conocida, pero así lo requiere la estraña persistencia que se gasta en desfigurar ó alterar la verdad de los precedentes que ilustran la solución del problema en análisis.

Léjos, por lo tanto, de ser exacto *que jamás país alguno se ha preocupado de la condición de sus cambios internacionales* para someter á esta circunstancia el restablecimiento del régimen de la circulación monetaria, lo que hay, por la inversa, de cierto y de positivo, *es que no se ha hecho nunca conversión alguna* que realmente merezca este nombre, que no haya tenido por base la ecuación de los intercambios, el perfecto equilibrio de la balanza del comercio exterior.

De esta manera, cuando se desdeñan cómicamente las enseñanzas uniformes de los tratadistas, á título de que no son «*dogmas de fé*», se olvida de que es indispensable abarcar también en ese mismo desden, junto con las doctrinas, el ejemplo y la autoridad de los hechos consagrados en las prácticas universales.

Prolongaríamos excesivamente este capítulo de nuestras rectificaciones, si hubiéramos de entrar tambien al análisis detallado de lo que hay de exacto y de lo que hay de inexacto, en la aseveración de que todos los pueblos que han alcanzado el restablecimiento de los pagos en especie, se han valido de reservas metálicas acumuladas durante la inconvertibilidad.

Esta idea de la formación de reservas metálicas por medio del pago en oro de los derechos de aduana, estuvo en boga, es verdad, durante cierta época, pero fué abolida en Rusia hace más de veinte años como se la abolió en los Estados Unidos desde Diciembre de 1878, es decir, más de un año ántes de la fecha señalada para el restablecimiento de los pagos en especie.

Lo que es hoy por hoy, el sistema ha alcanzado tal desprestigio, que Leroy Beaulieu (en un brillante escrito que ha sido recientemente reproducido en uno de los

órganos de nuestra prensa) le califica como una *sencilla puerilidad*.

El concepto es duro pero merecido.

No es dable aplicar al restablecimiento económico de los pueblos debilitados y anémicos, el *similia similibus* de los homeópatas.

Si las causas directas y generadoras de las crisis económicas son los déficits de la producción y los excesos de los consumos, es elemental que toda nueva demanda de oro, sea hecha directamente por el Estado ó por el intermedio del comercio, habrá de reagravar los desequilibrios y los trastornos de la situación.

Desde antes de dictarse la ley de 26 de noviembre de 1892 tuvimos oportunidad de formular estas propias observaciones (página 31 del opúsculo titulado «Finanzas Revueltas») pero con éxito poco feliz. El artículo 9.º de la ley de noviembre que consagraba esta medida fué aprobado en la honorable Cámara por 36 votos contra *seis*.

Sospechamos que si hoy hubiera de discutirse la misma idea, no encontraría tan inmerecida fortuna. Es que la penosa experiencia recogida en los trece meses que lleva de fecha la ley del 92, ha patentizado hasta la evidencia que la baja del cambio, desde los 18 d que valía en aquella época hasta los 13 d del día, se debe capital sino exclusivamente á esa desacordada prescripción.

Reconocemos, sin el menor esfuerzo, que los que conciben la ley de conversión como un simple mecanismo de cange de monedas, están dentro de la lógica exigiendo y reclamando, como único medio eficaz de realizarla, estas acumulaciones metálicas por artificiales y violentas que sean.

Pero, los que creemos, los que tenemos el profundo

convencimiento de que ningún país en el mundo puede salir de la circulación fiduciaria sin haber restablecido préviamente el equilibrio perturbado entre sus producciones y sus consumos, no podemos menos de estimar como un despropósito contraproducente, dañino y efímero; una medida que tiende á aumentar considerablemente los saldos pasivos del intercambio á la vez que á debilitar y abatir las exhaustas fuerzas del organismo económico nacional.

Será materia de capitulo separado el exámen de la propia idea de que tratamos, en cuanto se relaciona con la formación de reservas metálicas exigidas á los bancos.

XI

Pasa en esta materia de formación de reservas *metálicas*, algo que es verdaderamente significativo y que comprueba por si sólo la absoluta *inoportunidad* de las leyes que analizamos.

Tienen sobrada razón los inspiradores y sostenedores de esas leyes, cuando afirman que para llegar al circulante metálico es indispensable haber acumulado de antemano el *metál* ó la materia que se adopte para desempeñar esos oficios de circulante y que cuando ese metál no se produce en un país, es menester y es forzoso pedirlo á los mercados que lo poseen.

La observación es inatacable por aquello de que «no se puede hacer la tortilla sin quebrar los huevos».

Pero, no se negará tampoco que es el más inverosímil y desatentado de los negocios, el de obligar al país á que compre oro á 300 por ciento de premio para que le entregue después *reesellado* por la mitad exacta de su precio de costo, ó sea, á 24 d en vez de 12.

Lo cual pueba, sin mayores desenvolvimientos ni ráciocinios, la propia tesis que hemos venido sosteniendo desde antaño, es decir, que no es discreto ni es siquiera cuerdo que tengamos circulante de oro de 24 d mientras los cambios se mantengan en sus cotizaciones actuales.

Ni era otra cosa lo que sosteníamos en las «Indicaciones de la balanza comercial», cuando afirmamos que los bancos no cumplirían con lo dispuesto en el artículo 9.º de la ley del 31 de mayo último.

Como se recordará, ese artículo dispone que «desde el 31 de diciembre de 1895 hasta el 1.º de julio de 1896, los bancos mantendrán, en moneda ó pasta de oro, un fondo de reserva equivalente al 20 por ciento de su poder emisor.»

Por manera que si llegado el día 31 de diciembre del 95, los cambios se mantuviesen al derredor de sus cotizaciones del momento, los bancos se hallarían en la necesidad de comprar oro con trescientos por ciento de premio para conservar una emisión que les produce un beneficio máximum de ocho por ciento anual. Y, como probablemente este negocio no será estimado muy claro ni muy lucrativo por los directores de aquellas instituciones, se verán en la necesidad de renunciar á un poder emisor tan ruidosamente adquirido.

Por causas muchísimo ménos graves los bancos de Estados Unidos se vieron en el caso de adoptar análogos procedimientos.

Al terminarse la guerra, en la primavera de 1865, las emisiones de esos bancos habían alcanzado á la suma de ciento cuarenta y tres millones de pesos ($143.000,000) de los $ 300.000,000 máximum que les permitía la ley. Pero, en 1.º de julio de ese mismo año, el Congreso Americano, con la mira de preparar la contracción del

circulante, que alcanzaba á un conjunto de $ 983.000,000 entre papel del Estado y papel bancario; gravó con un impuesto *de diez por ciento* (10 %) las emisiones de estos últimos establecimientos. El autor de quien tomamos estos datos añade: «Los inevitables efectos de esta medida se hicieron sentir inmediatamente; los bancos de los Estados fueron limitando de día en día sus emisiones *y no pudiendo soportar tan pesado impuesto, perdieron, al fin, de hecho, su caracter de bancos de emisión.*»

Como lo hemos observado con anterioridad, entre nosotros no podría acontecer lo mismo. Los bancos no podrían perder *de hecho* su carácter de emisores porque la ley de 31 de mayo, más arbitraria que el estatuto americano de 1865, obliga á todo Banco á mantener depósitos en oro no ya con arreglo á sus emisiones *efectivas* sino con sujeción *á su poder emisor.* Por manera que si las circunstancias actuales se mantienen, llegará en breve un día en el cual los bancos, á pesar de sus manifiestas y poco justificadas complacencias con la política económica dominante, se verán en la imprescindible necesidad de reformar sus estatutos para renunciar al carácter de establecimientos de emisión y recoger, en seguida, á toda prisa sus billetes.

Se comprenderá, sin insistencia alguna de nuestra parte, que si tal eventualidad alcanzara á producirse antes de la derogación de la ley, el trastorno y la catástrofe serían tan violentos como irreparables sus daños.

Hoy mismo, á pesar de que nadie cree en la permanencia de esas leyes, tenemos ya una situación bastante penosa y difícil para la industria y el comercio nacional. El alza del alquiler de los capitales, desde siete á diez ú once por ciento, las restricciones más y más apretadas del crédito, la baja en el valor en todos los efectos públicos,

la disminución de beneficios de las instituciones de crédito representan en estos mismos momentos, una muy gruesa suma de millones que poner á cargo de esas desgraciadas combinaciones de artificios empíricos.

Pero, si todavía se dejase venir el retiro obligado de las emisiones bancarias, si se arrebatasen del mercado los dieziseis y pico de millones á que ellas ascienden, si quedásemos reducidos á contar por todo circulante con los veintinueve millones de billetes fiscales, es obvio y es manifiesto que se precipitaría una liquidación general brusca y desastrosa y que no habría institución alguna de crédito, por sólidamente organizada que se la suponga, que pudiera mantenerse de pié.

¿Cómo y con qué harian frente los bancos al retiro de los depósitos?

No les servirían con tal objeto, los valores que guardan sus carteras en cheques contra otras instituciones análogas. Sus bonos y sus títulos de crédito no serían tampoco realizables y por lo que atañe á sus avances y documentos en cartera contra el público, por lujosamente garantidos que se encuentren, ni podrían ser liquidados en un instante ni habría tampoco posibilidad material de cobrarles porque faltaría la moneda que representa su valor.

Bien sabemos que discurrimos sobre hipótesis que están, por fortuna, léjos de ser siquiera verosímiles, porque á extremos tales no alcanzaría jamás el estoicismo de nuestros poderes públicos ni les toleraría tampoco el país.

Pero, cuando se trata de demostrar y de confundir un error, no hay médio de mayor eficacia, en dialéctica ó en lógica, que seguir paso á paso el desarrollo de sus resultados y de sus extremas é inadmisibles consecuencias.

Contemplada la situación desde este punto de mira, decíamos en una publicación anterior, que puesto que los bancos se hallarán en la imposibilidad de formar las reservas metálicas ordenadas por el artículo 9.º de la ley de 31 de mayo del 93, (siempre, por cierto, que el tipo de los cambios no varíe mui considerablemente del que hoy rije) habría una indisputable conveniencia en que el Estado hiciera suyas las emisiones de esos establecimientos, tomando para ello garantías y cauciones previas que resguardasen por completo su responsabilidad.

Esta medida, insinuada desde marzo de 1893, por los mismos directorios de aquellas instituciones, encarna ventajas notorias e indiscutibles.

Desde luego, es evidente qne si por desgracia nos viésemos arrastrados a una crisis aguda, el costado mas vulnerable de la situación sería la existencia de una pluralidad de bancos emisores. Es este un hecho prácticamente demostrado en la historia económica del mundo moderno y de aquí nace la tendencia dominante y semi-universal de llegar á la unificacion del circulante fiduciario emitido por médio de un sólo banco como los que existen, con este privilejio, en Inglaterra, Francia, Austria, Bélgica, Holanda y Rusia y como los que en estos mismos momentos se estudian ó se tratan de establecer en Italia y aún en los paises federales, como los Estados Unidos, la Suiza y la República Argentina.

En este sentido, sería ya una indiscutible ventaja, que un país sometido al curso forzoso, como el nuestro, diera término a la pluralidad de bancos emisores y concentrare esta función en el Estado, ya que la idea de encargar de ella a una sola institución privada encontraría tropiezos y dificultades casi insubsanables.

El Estado, *emisor único*, es un deudor no sospechado de posible falencia y en el régimen del curso forzoso esta garantía reviste todos los caracteres de una exijencia de interes público primordial.

Es, por lo demás, manifiesto que la unificación de las emisiones fiduciarias, facilitaría inmensamente el propósito mismo de la conversión, puesto que, para llevarla á término, cuando las condiciones económicas del país la permitiesen, no habría necesidad de contemplar otros intereses ni otros elementos que aquellos que se relacionaran directamente con la conveniencia pública y con los recursos del erario nacional.

Por lo que atañe, ahora, a los medios prácticos que podrían escogitarse para poner a cubierto al Estado de cualquier gravamen que pudiera afectarle por las emisiones bancarias que tomaría á su cargo, se han avanzado diversas indicaciones igualmente satisfactorias.

Hay quienes juzgan preferible que los bancos abriesen al Estado un crédito en cuenta corriente por el total importe de sus respectivas emisiones. Otros piensan, y, en este número nos contamos nosotros, que valdría más exigir el depósito en arcas fiscales de una suma de bonos equivalentes al importe de esas emisiones, bonos que serían designados como hábiles para este efecto por un decreto del Presidente de la República y que se cotizarían á los tipos que ese mismo decreto estableciese, sin perjuicio de exigir una mejora de garantía si el valor de aquellos efectos declinara.

Pero, sean estas ú otras análogas las precauciones que se adoptaran y los recursos que se empleasen para alcanzar este propósito, es evidente que el Estado no podría sufrir perjuicio alguno aceptando la responsabilidad de

obligaciones que de antemano le habrían sido reembolsadas ó garantidas con entera eficacia.

Nos hemos detenido en estas consideraciones de detalle mucho más de lo que requería su importancia, porque no ha faltado quien nos acuse de sostener estas ideas por miras especulativas, llegando hasta aseverar que pretendemos que el Estado «*pague deudas agenas.*» No recogemos ni devolvemos esas insinuaciones pretendidamente malignas pero, en realidad, poco hábiles y absolutamente inofensivas. Por lo que a nosotros toca, nos hemos hecho un deber de no atribuir jamás á las opiniones de nuestros contradictores, miras utilitarias ó bastardas.

Y asi hemos procedido, porque á eso nos obliga la hidalguía y á eso nos obliga tambien el respeto á la verdad.

No creemos, en efecto, que se hayan ideado ó que se sostengan las desgraciadas leyes que combatimos, por provocar una crisis intensa y devastadora de la cual retirarían pingües beneficios los opulentos y los capitalistas.

Cremos, á la inversa, que esas leyes son hijas de una concepción bien intencionada aunque profundamente errónea de los intereses y de las conveniencias nacionales.

Pensamos todavía que si hoy se sigue amparando, con inusitado ardor, las dañinas combinaciones que nos han traido las dificultades de la hora presente *en los comienzos de su ejecución*, es porque el ofuscamiento y las debilidades del criterio humano alcanzan á inverosímiles extremos cuando las auxilian é impulsan las punzantes y avasalladoras exigencias del amor propio.

XII

Habrá sido, sin duda, una revelación para quienes hayan seguido el hilo de estos debates, la perturbadora y maléfica influencia que han tenido los bancos, su legislación y sus procedimientos, en el juego del movimiento económico nacional.

Si las leyes de conversión han producido efectos desastrosos hasta este momento, es porque los bancos las han contrariado en vez de secundarlas y auxiliarlas.

Si el cambio ha seguido en constante descenso desde los 18 d de noviembre del 92 hasta los 13 d de hoy, es porque los bancos se han coludido para desprestigiar la firma del Estado.

Se debe á los bancos y solamente á su mal espíritu y á sus malos propósitos, el alza del interés del dinero, las restricciones del crédito, la escasez del circulante, la pérdida de treinta millones de pesos del capital de ahorro nacional y el debilitamiento de las fuerzas productivas del país.

Pasamos por alto, por ignorados ú olvidados, muchos otros de los abominables pecadillos de los bancos que el país espía en estos momentos.

Son, en suma, esas malhadadas instituciones la «Bestia negra» que nos trae todo linaje de maleficios.

Así debe ser todo aquello, pero la verdad del caso es que nadie lo sospechaba siquiera de antemano.

Lo que es nosotros, á lo ménos, sin ayunarle las vísperas á la dirección de nuestros establecimientos de crédito, porque no la tenemos en olor de perfección, estábamos creyendo, sin embargo, que considerada en conjunto, había sido inmensamente benéfica para este país, la acción de las distintas sociedades bancarias nacionales.

Como lo hemos dicho de antemano, la vida de los bancos se confunde con la del nacimiento, ó mas bien, con la del crecimiento y desarrollo del comercio y de la industria chilena.

Antes de que existieran los bancos anónimos, vivíamos en plena colonia industrial, comercial ó mercantil.

Si tuviéramos estadísticas que marcaren por períodos de tiempo, el desenvolvimiento de la actividad nacional, estamos ciertos de que ellas nos revelarían el jigantesco vuelo que la riqueza pública debe á la acción de los bancos.

¿Cuál sería, por ejemplo, el área de terrenos cultivados que existieran en Chile antes de la fundación de los bancos anónimos? ¿A cuánto ascendería, en conjunto, la masa de capitales de explotación de que pudieran disponer, por aquellos tiempos, nuestros agricultores, mineros, industriales y comerciantes?

Lo único que podriamos afirmar, en orden á todos estos interesantes temas, es que, en realidad, no teníamos sino industrias primitivas, que no se conocía y no se utilizaba el crédito, que la fecundidad misma de nuestro suelo se perdía en considerables proporciones, que faltaba la iniciativa, la acción y el estímulo para el trabajo; porque faltaban los capitales.

La fisonomía de este país cambió radicalmente junto con establecerse los primeros bancos, decuplicáronse sus fuerzas productivas, cobraron aliento las iniciativas individuales y, en resúmen, pasamos de la poltrona y esteril vida colonial á la agitación fecunda de las comunidades comerciales é industriales modernas.

Los males que estas instituciones hayan podido causar, no tienen, por lo ménos, tanto relieve ni tan manifiesta notoriedad y, como en alguna ocasion anterior

hemos anticipado la tarea de desautorizar los inverosímiles cargos que se las dirigen, no hay para qué insistir sobre ellos en este momento.

Sería, no obstante, interesantísimo saber, cómo y por qué medios hayan *hostilizado* los bancos la idea ó el propósito de la conversión.

¿Habrá consistido esa hostilidad en el abuso de las emisiones, en el *empapelamiento* del país?

Ya sabemos que desde la ley de 1887, las emisiones bancarias están encerradas dentro de límites prudentes y hasta estrechos para atender á las exigencias crecientes de los mercados nacionales, como sabemos también que esos límites se apretaron más todavía en las leyes de noviembre del 92 y de mayo del 93. y, como sabemos, por fin, que son las propias direcciones de esos establecimientos las que han insinuado la idea y sostenido la conveniencia de que se las despoje en absoluto de toda facultad de emitir, mientras dure el curso forzoso, pasando esa atribución á ser un derecho exclusivo del Estado.

¿Consistiría, acaso, la pretendida hostilidad, en que los bancos *no se hayan anticipado* á formar reservas metálicas durante los catorce ó quince años corridos en el régimen del curso forzoso?

Nos apresuramos á reconocer que si aquellos establecimientos hubieren dado tal destinación á una parte siquiera de sus beneficios, en las antiguas épocas de prosperidad, los accionistas estarían hoy profundamente agradecidos á su inteligente tino, á su esquisita y previsora sagacidad.

Pero, en cambio, el público á quien esas instituciones sirven antes que á sus propias conveniencias, habría clamado contra *los usureros* que estaban acumulando fon-

dos en Europa para locupletarse de riquezas y privando al país de los más indispensables elementos de prosperidad y desarrollo. No es que nosotros aceptáramos, por cierto, la justicia de semejantes cargos ni el derecho con que se formularan, pero la verdad es que este linage de operaciones, son propias solamente del celo, de la acuciosidad y de la finísima previsión del interés individual privado.

Notorio es, por otra parte, que desde 1892 los bancos han asumido una actitud espectante, mucho más simpática que hostil á la idea de la conversión, apesar de que fuera sencillísimo preveer que ese propósito, llevado á violenta ó prematura ejecución, lastimaría profundamente sus intereses.

Hasta hoy mismo han sido los bancos los que, en momentos de crisis de letras, han jirado por su cuenta ó por cuenta de sus comitentes, impidiendo un mayor derrumbamiento en el tipo de los cambios.

Acaba de publicarse la primera memoria del nuevo «Banco de Chile» y todos han podido leer en ese documento, que se ha destinado la gruesa suma de $ 500,000, arrancándola de las utilidades *de un sólo semestre*, para formar el «Fondo de Conversión», fondo que comienza así á cercenar durísimamente las rentas que sirven al sustento de gran número de familias modestas, de pobres, de viudas y de menores. De manera que mientras el Estado aumenta los sueldos de sus servidores á título de que la depreciación de la moneda así lo exige, los bancos disminuyen los *dividendos ordinarios* de sus accionistas, que luchan contra las mismas dificultades pero que no pueden defenderse contra los sacrificios que impone *la conversión*.

Dónde, en qué parte, se hallarían entonces las preten-

didas hostilidades de los bancos contra las benditas leyes de los 24 peniques?

Sería curioso que se lo indicara.

Se ha tratado de contraponer el egoismo de nuestras instituciones de crédito y su actitud adversa contra la circulación metálica, al favor y al apoyo caluroso que los bancos de los Estados Unidos prestaron á esa propia idea cuando fué sancionada y llevada á efecto en aquel país.

Nos parece apropiado el ejemplo para poner en parangon, *dentro de los hechos y de la verdad histórica*; la política económica de uno y otro país en la especialísima materia que nos ocupa.—Y decimos que el ejemplo no puede ser más apropiado porque, como es sabido, los Estados Unidos llegaron al restablecimiento de los pagos en especie con el sistema de pluralidad de bancos emisores que rige también entre nosotros.

Hemos dicho en algunos de nuestros artículos anteriores, que por ley de 1.° de julio de 1865, el Congreso americano gravó con un impuesto de 10% á las emisiones bancarias que ascendian, por aquella época, á $ 143 millones y que este gravamen excesivo, establecido con el propósito de producir una contracción en el sistema general del circulante fiduciario, trajo *el retiro de hecho* de aquellas emisiones.

Esta medida que era parte de un plan completo ideado por el secretario Mc-Culloch para volver cuanto antes á los pagos en especie, fué complementada por la ley de 12 de abril de 1866 que ordenaba retirar, en el término de seis meses, hasta diez millones de pesos ($ 10.000,000) en notas de curso forzoso, ó sea, billetes fiscales del Estado y, de ahí en adelante, una cantidad que no excediese de $ 4.000,000 mensuales.

No fué de larga vida la ley Mc-Culloch, porque ya en diciembre de 1867, al reunirse el Congreso en sesiones ordinarias, se sentia que una atmósfera mui cargada de disfavor, amenazaba la existencia del régimen de la contracción monetaria. Era que, por primera vez, los mercados americanos comenzaban á sentir la tensión producida por el doble retiro de las emisiones bancarias y de los greenbacks. Y como en aquel pais, las resoluciones siguen de cerca al convencimiento, en febrero de 1868 estaban derogadas las leyes de 1.º de julio de 1865 y de 12 de abril de 1866. Tan completa habia sido la reacción, que la ley de febrero fué aprobada en la cámara de representantes por una mayoría de 127 votos contra 32 y en el senado por 33 votos contra 4.

Ni se contentó tampoco el Congreso del 68 con haber derogado la ley Mc-Culloch sino que, cinco meses mas tarde, juzgando que todavía no se habia dado suficiente tono y elementos bastantes al mercado para combatir la escasez del circulante, dictó la ley de 25 de julio de aquel mismo año, autorizando una nueva emisión de $ 35.000,000 en certificados del tesoro con 3% de interés, que debian servir junto con $ 50.000,000 más de estos títulos que existían de antemano, *para las reservas de los bancos.*

Lejos de dañarse con estas medidas el crédito ó el tono del papel, pudo verse, por el contrario, que *el peso en greenbacks*, que en 30 de junio de 1868 valia 70 centavos oro, se cotizaba a 73 centavos en 30 de junio de 1879 y, un año más tarde, á 85.—(J. K. Upton, Money in politics, página 132.)

Los halagüeños resultados de esta política de espansión, tendían naturalmente á afianzarla y á desarrollarla más y más.

Fué así como en 1870 se permitió á los bancos que aumentasen sus emisiones hasta en $ 54.000,000, con lo cual se hizo subir el total de billetes de esta clase en circulación á la suma de $ 318.000,000.—Pero á fin de que estas nuevas emisiones no aumentasen inconsideradamente el circulante fiduciario sin interés, se dispuso que los bancos redimiesen con los $ 54.000,000 que se les autorizaba para emitir, una suma equivalente en certificados del 3% lo que equivalía, en el fondo, á procurar á dichas instituciones, la manera de adquirir gratuitamente los medios de completar sus reservas, dejándolas en aptitud de movilizar libremente los demás recursos de que pudieran disponer.

Llegóse más tarde, por este mismo camino, hasta la sutileza y hasta el subterfugio.

La ley de 30 de junio de 1864, había dispuesto que las emisiones fiscales de greenbacks no podrían exceder en ningún caso de $ 400.000,000.

A mérito de la ley de 12 de abril de 1866 que ordenó el retiro y la cancelación paulatina de ese papel, la existencia total había quedado reducida á $ 356.000,000.

Pues bien, en octubre de 1871, los comerciantes de Wall Street exigieron del Secretario del Tesoro Mr. Boutwell, que lanzase á la circulación los 44.000,000 retirados á virtud de la ley del 66, á pretesto de que era menester tocar *al máximum* de las emisiones autorizadas por la ley de 1864.

No fué acojida por completo aquella excesiva petición, pero se lanzaron sí, á cuenta de esas pretendidas reservas, $ 1.500,000 á fines de 1871 y 4.637,356 en diciembre de 1872.

XIII

Todavía en setiembre de 1873, una séptima ú octava gestión, nacida de los mismos movimientos de Wall Street, compelió al Gobierno á otorgar á los bancos un nuevo préstamo de $ 25.000,000 en greenbacks, destinado siempre á aumentar el circulante y á disipar un pánico transitorio del mercado, debido á las quiebras en que, por aquella época, cayeron diversas firmas comerciales de importancia.

Del conjunto de *los hechos* que llevamos expuestos y del análisis de *las leyes* expedidas por el Congreso americano desde la terminación de la guerra, en 1865, hasta el instante que alcanzamos en nuestro relato (septiembre de 1873), se verá desprenderse, como conclusión de carácter general y dominante, que la política económica que preparó el restablecimiento de los pagos en especie en los Estados Unidos, fué esencialmente distinta y opuesta á la que trazaran entre nosotros las leyes de noviembre del 92 y de 31 de mayo próximo pasado.

Mientras que los Estados Unidos prepararon su conversión monetaria con una política expansiva de desenvolvimiento de la riqueza pública, de auxilio constante á los bancos, de abundancia de circulante, de estímulos al desarrollo de la producción; nosotros, andando por camino revesado, hemos querido llegar al circulante metálico, que es signo de riqueza y abundancia, por medio de la estrechez, de la elevación artificial en los precios de todos los artículos de consumo necesario, por medio del encarecimiento de los capitales y de las limitaciones de la producción, ó lo que es lo mismo, por el conjunto

de todas las causas que más habrán de alejarnos de aquel propósito tan infelizmente perseguido.

Y, por lo que atañe al punto concreto que nos habíamos propuesto dilucidar, ó sea, la relativa actitud de los bancos de los Estados Unidos y de Chile, en presencia de los preparativos de la conversión, saltará á la vista que la pretendida *hostilidad de acá* se ha representado constantemente por una voluntad resignada al sacrificio, casi por una sumisión incondicional y, en todo caso, exenta de exigencias; al paso que *la pretendida abnegación, el apoyo y el auxilio eficáz y decidido de allá,* se tradujo uniformemente por demandas sucesivas de recursos, por aumentos indefinidos de emisiones, y, en suma, por el sometimiento, por la subordinación del propósito de restablecer los pagos en especie, á los intereses más capitales y dominantes de mantener intactas las fuerzas vivas del organismo económico nacional.

Entre uno y otro sistema, el nuestro no ha producido, á lo menos hasta hoy, sino desastres y retroceso, mientras que el otro condujo al éxito y á la riqueza del país.

Veamos, ahora, como es que, si distintos fueron los medios *preparatorios* empleados para acercarse á la transición del uno al otro régimen de circulante, muchísimo más acentuada es la diversidad esencial que resalta del propio carácter de las leyes destinadas á *realizar la conversión.*

Tres son las disposiciones sustanciales que contiene la ley de 14 de enero de 1875 que ordenó el restablecimiento de los pagos en especie, fijando para efectuarle, el día 1.º de enero de 1879.

Dispuso esa ley, en primer término, que se acuñasen monedas de diez, veinte y veinticinco centavos; para cangearlas por el papel fraccionario circulante. Estableció,

en seguida, y ésta es su parte más característica y reveladora, que desde esa fecha, *quedaba libre é ilimitada la emisión de los bancos* y que el tesoro de los Estados Unidos retiraría *ochenta pesos* de papel fiscal inconvertible, por cada *cien pesos* en que los bancos aumentaran sus emisiones. La tercera y última parte de la ley, autorizaba al Secretario del Tesoro, para que emitiese bonos por toda la suma de papel moneda que no alcanzaren á cancelar las existencias en oro acumuladas hasta el 1.º de enero de 1879.

Se concebirá que una ley de esta naturaleza no podía introducir perturbación alguna en la condición económica general ni en la situación especial del mercado monetario.

Se ensanchaba en vez de restringirse el circulante, puesto que para amortizar *ochenta pesos* en greenbacks, era menester que los bancos hubiesen emitido de antemano *cien pesos* en billetes. Y todavía, para ahuyentar hasta la posibilidad de una contracción monetaria, se facultaba al Gobierno para convertir el papel *en bonos* en vez de convertirlo *en oro*.

Es evidente que una ley de esta naturaleza habría sido de todo punto ineficaz, si la condición económica del país no hubiese *nivelado, ántes de su cumplimiento, el valor del papel con el oro*.

No habría sido posible, de otra manera, que con $ 135 millones en oro ó pastas metálicas se hubiera afrontado, el 1.º de enero de 1879, el pago de 336 millones en greenbacks y de otra suma análoga en notas sin interés y en bonos del tesoro á la vista con 3%

La verdad es, como dice Upton, que la ley de 1875 no implicaba la amortización de los greenbacks que hasta el día de hoy circulan en los Estados Unidos en la

propia suma de 336 millones de pesos. Lo que se quiso hacer y lo que efectivamente se consiguió, fué convertir al greenback en un verdadero billete de banco pagadero á la vista en la tesorería general, billete con el cual se cubrirían los derechos de aduana que habían venido recaudándose en oro desde 1862 y que se aplicaría además al pago de la deuda pública á cargo del Estado.

Entre las infinitas críticas que suscitó el sistema de conversión ideado y establecido en la ley de 1875, es sin duda notable, la que formulaba Mr. Henry V. Poor, en la publicación titulada «Resumptión and Silver Question». Decía Mr. Poor:

"La cuestión no es de confianza sino de *cantidad*".

"Los billetes de banco circulan por la confianza que se tiene de que representan el capital indispensable para su propio pago, pero esta confianza desaparece desde el momento en que se vea que no representan semejante cantidad. Más no puede haber jamás confianza de que con *cincuenta* pesos se paguen *ciento*. Esta es, sin embargo, la especie de confianza en que el Secretario funda su gran proyecto de restablecimiento de pagos. En el momento en que se trate de restablecerles con una reserva de 120 millones de pesos solamente, será tan rápida y enorme la concurrencia de impacientes tenedores de papel en solicitud de metálico, que la reserva no durará sino el tiempo que se emplee en contar la moneda dada en cambio de greenbacks".

Y más adelante añade:

"Puede un Gobierno con una limitada suma de dinero, mantener una circulación fiduciaria convertible, igual en cantidad á la de las rentas que reciba en un corto período, de noventa días, por ejemplo. La mayor parte de

una circulación de esa especie, pasaría á manos de los que tuvieran impuestos que cubrir. Una parte mas pequeña iría á manos de los que quisieran convertir las notas en moneda metálica, bien para usarla como reserva, bien para exportarla, bien para emplearla en las artes. Si el gobierno conservara en caja una existencia para hacer frente á los pedidos que pudieran hacerle, se conservaría á la par, porque los tenedores podrían obtener en cualquier momento el constituyente, el oro, que sería el equivalente universal. Dentro de estos límites y solo dentro de ellos, puede un gobierno sostener sin depreciación alguna, una circulación fiduciaria convertible."

Las críticas de Mr. Poor que tuvieron gran resonancia en la opinión pública, se vieron, no obstante, desautorizadas por el acontecimiento, porque con solo sus 135 millones de especies metálicas, pudo el Secretario Sherman afrontar responsabilidades y comprometerse á cangear una cantidad de papel mas de tres veces superior.

La esplicación del fenómeno era muy sencilla. Cuando Mr. Poor presajiaba el desastre de la ley de 1875, todavía el oro conservaba un premio de *diez y medio por ciento* sobre el papel. Si ese premio se hubiera mantenido hasta el 1.º de enero de 1879, las predicciones de Poor se habrían cumplido al pié de la letra y los 135 millones de moneda y de pastas metálicas de que disponía el gobierno, habrían llegado solamente á las manos de los más esforzados para ganar las rejillas de las oficinas de cange. Fué otro y muy diverso el giro de los acontecimientos. El país siguió enriqueciéndose rapidísimamente. La agricultura y la minería alcanzaron un auje extraordinario. Los ferrocarriles construidos durante la guerra con fines estratéjicos y con los greenbacks, dupli-

caron las producciones del sur y del oeste, perfeccionáronse los procedimientos industriales y la masa de inmigración, detenida un momento por la guerra, se precipitó como una avalancha hacia todos los ámbitos del país.

Consecuencia y corolario lógico de estos acontecimientos, fué la última de toda la larga série de disposiciones legales que se dictaran durante la inconvertibilidad, ó sea, la ley de 31 de mayo de 1878 *que prohibió, desde su fecha, toda amortización de papel-moneda* é impuso al Secretario del Tesoro *la obligación de reemitir los greenbacks* que volvieran á las oficinas de hacienda, de tal manera que se conservase inalterable la misma cifra de $ 346 millones que existen hasta este mismo momento.

Efecto inmediato de la ley de 1878, fué la subida del cambio hasta la par, es decir, el desaparecimiento del premio del oro y por eso pudo verificarse en 1879 el restablecimiento de los pagos en especie sin que se cangearan por moneda, en el curso de todo ese año, sino $ 11.000,000 y por eso, finalmente, pudo proclamar, el ilustre presidente de la comisión de monedas y bancos, Mr. Buckner, la verdad científica más justificada que se desprende de la historia de la conversión americana, esto es, que la clave de estas operaciones, ha de buscarse siempre y únicamente, en la ecuación de la balanza de los intercambios.

Entre tanto ¿cuál fué la influencia que tuvieran *en auxilio de la conversión americana, las reservas metálicas* de los bancos?

Esa influencia fué nula, en realidad, porque la desaparición del premio de oro, obra exclusiva del enriquecimiento del país, equiparó *de hecho* al papel con el metálico, sin necesidad del tono que pudieran haberle comunicado las reservas de especies.

Conviene, sin embargo, no dejar correr sin la debida rectificación, las insinuaciones equívocas con las cuales se ha pretendido revestir de una importancia fantástica, este elemento de las reservas metálicas bancarias de los Estados Unidos.

Ni la ley de julio de 1874 ni otra alguna que nosotros conozcamos, determinó jamás que cuota de las reservas de los bancos, debían formarse *en metálico*. Todas ellas estatuyen, en general, que las reservas deben constituirse en metálico *ó en moneda legal de los Estados Unidos*.

La única disposición, en sentido contrario, que haya llegado á nuestro conocimiento, es la que dictó el Senado en 1873, imponiendo á los bancos el deber de conservar, *como parte de su reserva legal, el veinticinco por ciento del dinero ó especies metálicas, que recibiesen en pagos de los bonos depositados en Tesorería como garantía de sus emisiones*.

Como se vé, la medida votada por el Senado americano en 1873, es esencialmente distinta, como fondo y como oportunidad, de la disposición contenida en el artículo 9.º de nuestra ley vigente de 31 de mayo del 93.

No se imponía á los bancos el deber de adquirir el oro (ni siquiera con el nimio premio que tenía en los Estados Unidos en 1873) sino que se limitaban las reservas metálicas forzosas, *á la cuarta parte de la suma que el mismísimo tesoro americano debía entregarles como intereses de los bonos que los bancos guardaban en Tesorería para garantir sus propias emisiones*.

Porque, necesario es acentuarlo, el Gobierno americano *pagaba en oro los intereses y amortizaciones de sus bonos* y era éste el argumento con el cual se justificó siempre la exigencia de cobrar también en oro el impuesto aduanero.

Pero, volviendo al proyecto del Senado de 1873, de

bemos añadir, en conclusión, que fué devuelto á esa Cámara con el veto del Presidente Grant y no alcanzó á ser ley de la República.

Se ha afirmado, de otra parte, que en octubre de 1878, es decir, en vísperas, del restablecimiento de los pagos en especies, los bancos americanos habían logrado formar una reserva de 228.000,000 de pesos y que fué así como acudieron en auxilio de la conversión.

No conocemos el dato y, por lo tanto nada podríamos decir acerca de su exactitud.

Pero, afirmamos sí, que los tales 228.000,000 de las reservas bancarias en 1878, no podian ser, sino en una pequeña cuota *de monedas ó especies metálicas.*

Y nuestra aseveración descansa, primero, en el testimonio de Mr. Ewing, quien aseveró, en las sesiones de la comisión de monedas y bancos, que estos establecimientos no tenian *sino cuarenta y cinco millones de pesos en moneda ó especies,* para responder á la conversión de sus billetes.

Descansa, después, nuestro aserto, en la declaración oficial hecha por el mismo Secretario Sherman ante la precitada comisión de monedas y bancos.—Dando cuenta el Secretario del conjunto de la situación, para el efecto de calcular los recursos metálicos con los cuales se afrontaría el restablecimiento de los pagos en especies, dice lo que sigue:

«Respecto á nuestros bancos nacionales, tengo algunos datos que serán interesantes para la comisión. El primer cuadro contiene la circulación, depósitos y especies metálicas de los bancos en 1857 y 1860. El segundo expresa, la circulación, depósitos y reservas metálicas de los bancos nacionales el 28 de diciembre de 1877. Este último arroja un total de obligaciones inmediatamente

exigibles que sube á $ 960.816,052 y una reserva efectiva total de $ 145.019,338. La proporción entre el fondo de reserva, *en notas de curso forzoso* y la circulación, es de 48.04% y entre la misma reserva, la circulación y *los depósitos reunidos* es de 15%. El otro resúmen presenta la circulación, depósitos y reservas sobre base distinta *porque computa como moneda los bonos depositados* por los bancos en tesorería: pasivo total 960.816,052; *total de las reservas incluyendo en él* $ *450.000,000* en bonos $ 550.201,055.»

Es evidente, en consecuencia, que en vísperas de la conversion, los bancos de la Unión Americana no contaban con reservas metálicas más allá del diez por ciento de sus obligaciones exigibles. Y no se eche en olvido, por un sólo instante, para apreciar esta situación, que buena parte del oro que tenían los bancos como reserva metálica, lo habían recogido *sin comprarle*, del pago que el mismo tesoro americano les hacía por intereses de su deuda interna. Téngase presente, en seguida, que el premio del oro á fines de 1877 no excedía de 3% y que bien habrían podido los bancos americanos triplicar sus reservas metálicas con sólo insignificantes sacrificios.

XIV

¿Pudiéramos nosotros ensayar una conversión al estilo de la realizada en 1879 por la Unión Americana?

Si se tratara solamente de reunir, como reunieron los americanos, *un cuarenta por ciento*, en monedas ó pastas metálicas, del total de la emisión fiduciaria y declarar *convertible á la vista* todo el resto de aquella emisión, es evidente que tendríamos salvada toda dificultad. Con un millón doscientas mil libras, pagaríamos, en pesos

de veinticuatro peniques, el cuarenta por ciento de la emisión fiscal y esa suma, relativamente insignificante, la tendríamos disponible hoy mismo ó pudiéramos completarla con exceso el día en que se efectuaran los primeros remates de las oficinas salitreras.

No es ésta, por desgracia, nuestra situación, porque mientras los cambios se mantengan en cotizaciones inferiores á los 24 peniques de la moneda, ni el cuarenta, ni el ochenta ni *el ciento por ciento* en oro de la emisión fiduciaria nos permitirían conservar un circulante que tendería inconteniblemente á servir como mercadería de retorno, para el pago de los saldos pasivos de nuestros intercambios.

Se ha pretendido desconocer esta verdad elemental, sin darse, por cierto, la pena de comprobar la denegación, la cual importa, en el fondo, lo mismo que negar la existencia de la ley física que gobierna el nivel de los líquidos.

Pero, en la imposibilidad de discutir simples denegaciones que están reñidas con la doctrina, con la historia y hasta con el sano criterio; nosotros nos limitaremos á repetir que el único medio que fuera eficaz para retener en nuestros mercados, con cambios á 13 peniques, una moneda de 24, sería elevar el tipo de los intereses en tanto á cuanto monta la diferencia entre una y otra cotización. Inútil sería añadir que, á este precio, habríamos adquirido el circulante monetario á trueque de la ruina del país.

Cierto es, todavía, que no faltan tampoco optimistas voluntariamente incorrejibles, que pretendan convencernos de que acercándonos al día de la conversión, el cambio tendrá que nivelarse *a fortiori* con el valor de la moneda de los 24 peniques.

No negamos, por cierto, *la posibilidad* de que aquella profecía llegara á cumplirse.

Si desde hoy al 1.º de julio de 1896, los consumos del país se redujeran en un cincuenta por ciento y si, de otro lado, nos adueñáramos de los beneficios industriales del salitre, si subiera en otro 50% el precio del cobre, de la plata y de los trigos en los mercados de Europa, si descubriéramos abundantes minerales de oro que la industria chilena explotase; podrían variar, radical y favorablemente, las condiciones económicas generales del país y podríamos colmar los déficits de nuestro comercio exterior, á lo menos, en términos que nos permitiesen retener un circulante de valor de 24 peniques.

Todo esto es *posible*, por más que sea también absolutamente *improbable*.

Pero, lo que no es *posible*, lo que sólo pueden creer los que imaginan que una conversión de circulante es un simple cange de monedas; es que *por el hecho* de que se lograse reunir, á costa del progresivo empobrecimiento del país, una suma de monedas ó pastas metálicas igual al importe de la emisión fiduciaria; quedara restablecida para siempre la circulación de especies y cesasen los saldos del intercambio hasta el punto de que no pudiéramos caer de nuevo en la inconvertibilidad.

Estas doctrinas son las que hemos combatido y seguimos combatiendo como candorosamente optimistas y crudamente empíricas.

¿Seremos por esto decididos partidarios del papel-moneda, *inflacionistas* declarados como se nos llama?

Apenas si necesitaríamos insinuar que es *casi* absurdo considerar *enemigos* del circulante á 24 y *partidarios* del papel de 13 peniques, á quienes el primero de aquellos

sistemas, haría *duplicar* de facto sus economías y sus ahorros.

Que por lo que toca, ahora, al apodo de *inflacionistas*, ya la cosa merece entenderse y explicarse.

Corre por acá, como verdad de fé, aún entre escritores públicos y entre lejisladores; que la escuela económica americana que fué bautizada con aquel nombre, constituyó una especie de secta de réprobos, de especuladores audaces, una verdadera categoría de leprosos, á quienes la opinión sensata y honrada del país, tuvo que aplastar como se aplastan los reptiles.

Con perdón de toda esa falange de pensadores, nos permitimos afirmar que el *inflacionismo* ganó poco á poco un indisputable predominio en los Congresos y en los gobiernos de la Unión Americana, como que fué *inflacionista* el régimen establecido en la misma ley de 1875 que ordenó el restablecimiento de los pagos en especie.

Eso sí que el *inflacionismo* dominante en los Estados Unidos, fué doctrinario, discreto é ilustrado. Tuvo esa doctrina, como tienen todas las concepciones humanas, partidarios demasiado ardorosos que exageraban sus enseñanzas y pretendían llevarlas á consecuencias extremas. Así, cuando el general Butler, representante del Estado de Massachusetts, pedía en 1867 que se elevasen los greenbacks en circulación á *dos mil millones de dollars*, que se pagasen con ellos $ 500.000,000 de la deuda pública y que se invirtiesen los $ 1,500.000,000 millones restantes, en bonos del tesoro que quedarían sometidos á un impuesto nacional; el Congreso se encojió de hombros y no discutió siquiera el proyecto, porque toda aquella armazón estaba fundada, como lo decía su autor, en la idea de que «debía prescindirse *en absoluta y para siempre de toda moneda metálica*» y debía retirarse la

emisión de los bancos para ser sustituida con obligaciones del Estado que devengasen un interés de 3.65% anual, es decir, un centavo diario por cada cien pesos, porque ésta sería la circulación mas uniforme, sólida, barata, estable y elástica.

Entretanto, estas ideas, atemperadas en su forma, fueron ganando prosélitos á medida que se atenuaban sus exageraciones y, sobre todo, á medida que el desarrollo de los acontecimientos ponía en transparencia la indispensable necesidad de no estrechar al país, de no privarle de sus elementos de desarrollo y de expansión, á título de llegar á saltos al régimen metálico. Y, en efecto, *los hechos* demostraban, con su elocuencia incontrarestable, que cada vez que los mercados americanos exigian el auxilio del Gobierno, auxilio que jamás les faltó, cada vez que se aumentaban las emisiones de los bancos para satisfacer exigencias verdaderas de aliento y de impulso al trabajo nacional; se producía infaliblemente una alza en el valor de los greenbacks, una disminución en el precio del oro.

Esta experiencia era demasiado elocuente para que pudiese ser olvidada ó desatendida. Por eso fué que cuando se dictó la ley de 1875, fijando plazos fatales para el restablecimiento de los pagos en especie, se congregaron en son de protesta, las Convenciones de Indianópolis y de Toledo y el partido *inflacionista* que entónces trocó su nombre por el de «*partido nacional*» porque representaba á todas luces la mayoría del país, presentó al Congreso de 1876 *quince mociones consecutivas*, destinadas todas á obtener la derogación de la ley. La décima quinta de esas mociones, obtuvo mayoría en la Cámara de Representantes, en la cual fué aprobada, en noviembre de 1877, por 133 contra 120.

Lo que salvó á la ley de 1875, deteniendo en el Senado la derogación votada por la Cámara, fué la circunstancia de que, por aquella época, el país se había enriquecido lo bastante para que el premio del oro desapareciese casi en absoluto y fué, sobre todo, el carácter ambiguo y eminentemente elástico de sus prescripciones.

Como se recordará, la ley que restablecía los pagos en especie para enero de 1879, dió á los bancos la facultad de hacer emisiones *ilimitadas*, ordenó el retiro del circulante fiduciario correspondiente á un 80% de la masa de billetes bancarios que se lanzaren á la circulación y todavía dejó abierto, como válvula de seguridad, el derecho del Estado para pagar *con bonos del 5%* todas las sumas que no quisiere ó no le conviniere cangear por *oro*.

Dijo, pues, con sobrada razón, Albert S. Balles, en su tratado «Financial History of the United State», que la ley de 1875, no fué sino una *ancha* transacción y un triunfo verdadero para la antigua escuela *inflacionista* que, en realidad, tuvo la gloria de operar, sin sacrificios del país, el restablecimiento de los pagos en especie.

De esta manera, cuando se evocan á cada paso como un estigma y casi como un oprobio, los recuerdos y las tendencias del *inflacionismo* americano y se cree divisar en cada uno de los que combaten *la oportunidad* de las leyes del 92 y 93, un *enemigo de la circulación metálica* que lucha por vigorizar, según la frase consagrada, «los intereses que se crean á la sombra del papel-moneda», no se hace sino repetir una acusación inconsciente que revela muy flacos conocimientos de la propia historia de la cual emana.

Y para que se acabe de apreciar cuál fué el rol y cuál la obra del *inflacionismo* americano, trascribiremos como

conclusión y resumen de ésta historia, los siguientes notables conceptos que contiene el estudio del señor C. Calderón titulado: «El curso forzoso en los Estados Unidos.—Nueva York, 1892.»

«La guerra dejó al país gravado con una deuda inmensa que devengaba altos intereses y al pueblo dominado por el vicio de la expeculación, estimulada por una circulación depreciada é irredimible.

«En presencia de éstos hechos, los economistas de la antigua escuela no dejaron de anunciar la desastrosa é inevitable crisis en que la nación iba á sucumbir, *pues no pudieron nunca comprender* cómo un papel-moneda depreciado habría de mejorar y aumentar de valor *por el lento procedimiento del desarrollo industrial del país.*

«La historia económica nacional enseña, sin embargo, cuán infundados eran esos siniestros vaticinios.

«No es verdad, como algunos economistas lo han afirmado, que el curso forzoso de papel inconvertible, sea causa de aislamiento económico para los paises que bajo ese régimen se encuentran. Al mismo tiempo que los greenbacks estaban considerablemente depreciados, *los Estados Unidos desarrollaron su riqueza en enormes proporciones y su comercio exterior adquirió, desde entonces, extraordinaria importancia.* Bajo el régimen del curso forzoso, como queda dicho, los Estados Unidos del Oeste se abrieron paso al Atlántico y se pusieron en contacto inmediato con Europa, por medio de la extensión dada al sistema de ferrocarriles y así vinieron á ser un factor importantísimo en los mercados de cereales del antiguo mundo.»

Y bien, entre el *inflacionismo* americano que tales prodigios operó y el régimen de extrangulación de todas las fuerzas vivas del país, que han implantado las infelices

leyes del 92 y del 93, optamos sin trepidación por el primero.

Pueden nuestros contradictores, aún en presencia de los desastres que el *comienzo de ejecución* de sus elucubraciones ha causado, seguir impertérritos parodiando «el mejor que mejor» del personage de la zarzuela. Respetando su convencimiento y hasta su sectarismo, aguardamos tranquilos que el país, el desarrollo de los acontecimientos y *el tiempo;* juzguen entre nuestras encontradas apreciaciones.

Entretanto, no podemos desprendernos de la penosísima impresión que nos causa la esquisita complacencia con la cual algunos pasan en revista, por estricto orden de fechas, todos los actos legislativos, todas las reiteradas declaraciones gubernativas, que han venido comprometiendo, incauta y ligeramente, la acción de los poderes públicos, para dificultarles ó impedirles en absoluto el abandono de su falsa política económica.

Es sin duda lamentable que así se pongan en juego, por defender una tesis doctrinal, las fuerzas de resistencia y hasta la obstinación misma que opone el amor propio lastimado, antes de ceder al convencimiento ó antes de ser vencido por las corrientes incontenibles de la opinión pública.

XV

Se ha atribuido á los que sostienen la necesidad de derogar, lisa y llanamente, las leyes del 92 y 93, el propósito decidido de consagrar el régimen de la inconvertibilidad como normal y perpétuo, lo que importaría, según se añade, la *repudiación*, por parte del Estado, de la deuda del papel-moneda.

¡Excesos de imaginación, suspicacias extraviadas de nuestros contradictores!

Nadie que sepamos ha propuesto semejante enormidad.

Lo que se ha sostenido y lo que se sigue sosteniendo, es que se ha gastado un admirable talento de *inoportunidad* para elegir la hora *de la conversión*. Parece, en efecto, que se hubiera acechado el instante preciso en el cual el precio de nuestros productos en Europa marca el máximum de depreción conocido y en el cual los cambios llegan también á las cotizaciones más ínfimas que registran los boletines comerciales, para llevar á término una operación que requiere el concurso de todas las circunstancias inversas para que sea realizable y, sobre todo, para que sea *conveniente*.

Es aquello de mudar los caballos en medio de la canal del rio.

Se arguye, es cierto, en justificación del procedimiento, que cualquiera que sea la condición *económica* del país, *la riqueza fiscal*, se halla en todo su vigor y puede y debe destinársela de preferencia al pago del papel-moneda que es una deuda tres veces sagrada y apremiante.

Observamos, desde luego, que siendo perfectamente exacto que el fisco chileno dispone de rentas *transitorias y eventuales* muy considerables, no lo es menos, que Gobiernos y Congresos han hecho todo lo que era necesario hacer para que no quede de esas rentas ni un sólo maravedí que no reconozca dueño, ó no tenga aplicación determinada.

Y ya se sabe que cuando los tratadistas apuntan, como la primera de las condiciones para llegar á la conversión, la existencia de *sobrantes en los presupuestos ordinarios del*

país, hablan de sobrantes *efectivos* y sin aplicaciones á otras exigencias concretas, verdaderas ó ficticias.

Desde que se iniciaron estos debates y, con especialidad, desde que algunos negamos la existencia *de verdaderos sobrantes* en las arcas públicas, parece que se hubiera redoblado el empeño y la insistencia para aseverar, hasta en documentos oficiales solemnes, que el ejercicio financiero del 93 se cerraba con excedentes de más de cinco millones de pesos.

Con perdón de los respetos que nos merecen esas autorizadas afirmaciones, insistimos en sostener, á nuestro turno, que no es correcto ni siquiera exacto, llamar *sobrantes* de un ejercicio financiero á fondos que se recaudan por la enajenación de bienes públicos nacionales. Ni en el lenguaje técnico doctrinal ni en el lenguaje mercantil, se ha llamado jamás *sobrantes de rentas*, á lo que no es sino el producido extraordinario de realización de una parte del capital.

Los $ 5.000,000 *de sobrantes* del 93 se hallan en ese caso porque representan únicamente el precio ó parte del precio de las ventas de tierras públicas rurales ó urbanas.

Sábese, por lo demás, que esos 5.000,000 de pesos que se ha dado en llamar entradas ordinarias *sobrantes* de 1893, se adeudaban por el fisco á los acreedores de las municipalidades, á virtud de las prescripciones de la ley de 1891 y que pende de la deliberación del Congreso un proyecto, de iniciativa ministerial, destinado á autorizar la inversión de esos fondos en la solución de aquellas obligaciones.

La riqueza fiscal que es útil y que es habil para las reservas que exige la conversión, no es, por lo tanto, la que representa obligaciones vencidas y exigibles ni la que

se distribuye en aumentos de sueldos ó en el indefinido ensanche de los servicios administrativos; sino la que se guarda en cofres bien cerrados con la destinación exclusiva de emplearse, en momento oportuno, en la satisfacción de aquella concreta y capital exigencia.

En este sentido, serían, por ejemplo, reservas verdaderas y útiles para la conversión, las que produce la cuota del impuesto aduanero que se acumula con este objeto. Por desgracia, estas economías se están haciendo en daño de la riqueza pública y sus efectos tendrán que ser contraproducentes.

Si la ley del 92 se hubiera limitado á establecer que la cuota tal ó cual del impuesto de internación, pagadera, como todas las demás contribuciones, *en moneda legal*, quedaba destinada á formar un item del fondo especial de reservas de la conversión, no habríamos tenido sino aplausos para esa medida ya que ella habría servido al doble y benéfico objeto de aglomerar fondos para atender, en época más ó menos próxima, á una reconocida necesidad pública á la vez que consultaba un ahorro forzado y cuantioso de los recursos del país.

Pero la circunstancia de exigirse el pago *en oro* de aquella cuota del impuesto aduanero, convierte en dañina y contraproducente, una idea que pudo ser eficaz y utilísima. Es en realidad, injustificable que se esté compeliendo al comercio, es decir, al consumidor nacional, al país, *á comprar oro á trescientos por ciento de premio* para que el Estado le devuelva el 1.º de Julio de 1896, en moneda de 24 peniques. Pasando por sus acostumbrados canales, esas monedas volverán al comercio de donde salieron, es decir, se darán en pago á los mercados extranjeros que procuraron *el oro* que hoy se está recaudando en las aduanas. Lo cual significa, en resúmen, que si el

cambio no variase de sus cotizaciones actuales, estaríamos comprando *oro* á 13 peniques para pagarle, en dos años más, con monedas de 24.

A estos extremos conduce la observación superficial é incompleta de los fenómenos económicos.

Se concibe que caigan en estas paralojizaciones de criterio, los que piensan y afirman reiteradamente, que «el Estado no tiene nada que ver con las deudas *del comercio exterior* y que no es posible, discreto ni racional que se trate de postergar la conversión, á título de que pudieran existir saldos pasivos en la balanza de nuestros intercambios.»

No parece sino que se entendiera que cuando se habla de las deudas *del comercio exterior*, se alude á los intereses de nuestros concurrentes en ese comercio, ó sea, á los intereses de las plazas extranjeras con las cuales negociamos.

De otro modo no sería siquiera *explicable* un trastorno tan absoluto en ideas que son elementales.

Pero, se comprenderá, que cuando hemos hablado de las conveniencias ó de los intereses del *comercio exterior*, es refiriéndonos *al que Chile y los chilenos* sostienen con los mercados extraños.

Y bien, es precisamente *el interés nacional* que hay en juego en estas operaciones, *el único* herido y lastimado con el pago en oro de los derechos de aduanas, porque como dice Leroy Beaulieu, es un absurdo suponer que el internador de mercaderías extranjeras nos traiga, junto con ellas, una letra para que se la paguemos. El cuidado de tomar la letra lo deja el internador á la plaza que las recibe y lo que es á él, maldito lo que le importa de dónde salga el oro que se le entrega en pago ni á qué precios y con cuáles sacrificios se le haya adquirido.

Hemos entrado en estos desenvolvimientos de ideas un tanto desligadas de las que nos proponíamos desarrollar en este artículo, porque era necesario dejar de manifiesto que el *primer* auxilio con el cual la *riqueza fiscal contribuye* á la conversión, *la única economía* que realmente prescriben las leyes del 92 y del 93 de los recursos ordinarios del país; está condenada, por la forma en la cual se la ha establecido, á traernos males antes que bienes, postración y debilitamiento en vez de vigor y de fuerza.

Cabe, ahora, contemplar cuáles serían los efectos propables de la derogación lisa y llana de las leyes que analizamos.

En concepto de ciertos críticos polemistas, no ya la derogación absoluta sino una modificación cualquiera de detalle que sufrieran esas leyes, traería el cambio más abajo de diez peniques, porque probaría que flaqueaba la voluntad, que se abatía el inquiebrantable propósito manifestado por el Gobierno de llevarnos á la conversión en día fijo *cualesquiera que fuesen las circunstancias del país.*

Nosotros, por la inversa, creemos que junto con derogarse aquellas leyes, el cambio saltaría sin tardanza, cuando menos, á los mismos 18 peniques de altura de donde le derrumbaran esas desgraciadas disposiciones.

Y nuestro convencimiento se apoya en los hechos y se apoya en el raciocinio.

Los *hechos* manifiestan que dentro de una misma condición económica, teníamos cambios á 18 peniques antes de noviembre del 92 y les hemos visto en constante y progresivo descenso á contar desde esa fecha.

El *raciocinio* permite establecer á *priori*, que si eliminásemos la demanda de letras por las 500, 600 ó quizá 700,000 libras esterlinas, que nuestros mercados tienen

tización en la forma ordinaria, *veinticinco pesos oro* por cada ciento en bonos.

Hé aquí cómo aquella criticada operación, si fué á todas luces beneficiosa para el tesoro público, fuélo en doble grado, para los tenedores de los títulos amortizados extraordinariamente.

Inútil sería añadir que, en todo caso, el derecho del Estado para verificar el pago, era perfecto é incuestionable.

La notoria *benevolencia* con la cual han sido apreciadas todas las indicaciones que nos permitimos hacer en nuestro estudio sobre la balanza comercial, ha llevado á los más ardorosos de nuestros críticos, hasta considerar como cosa baladí y sin importancia, la idea de iniciar, sin más pérdida de tiempo, la nacionalización de la industria salitrera.

Se recordará que nosotros proponíamos, como el médio práctico más eficaz y de más inmediata aplicación, en servicio de este propósito, el arrendamiento á nuestros connacionales de todas las oficinas de máquinas de propiedad del Estado que deben ser enagenadas en subasta pública. Y, por lo que atañe á la forma y condiciones de esos arrendamientos, indicábamos la conveniencia de volver á los antiguos contratos de elaboración que el Gobierno del Perú celebrara con los industriales salitreros después de la expropiación general de todos esos establecimientos; contratos que nosotros encontramos vigentes al tiempo de la ocupación de Tarapacá.

Por lo que toca al fondo mismo de la idea, nuestros críticos se limitan á declarar *impracticable* la nacionalización de la industria salitrera, por la originalísima y única razón de que, hasta ahora, ni el Gobierno

ni el Congreso han encontrado médios propios y eficaces para realizarla.

¿Qué de cosas no serían *impracticables*, si hubiéramos de aceptar sin reserva, para considerarlas tales, la peculiarísima razón por la cual se las condena?

Falta todavía por averiguar si el Congreso no ha encontrado los médios de nacionalizar esta industria porque no ha sabido *ó porque no ha querido buscarles.*

Nos inclinamos á pensar que es esto último lo que sucede, porque á contar desde la ley de 1880 que fijó el impuesto de exportación que grava estas sustancias, ha predominado sin contrapeso un criterio fiscalista que nos ha inducido á considerar el salitre sólo como una fuente de recursos para el erario público.

Pero, esa época ya ha pasado para no volver.

La enseñanza y el ejemplo de los resultados, anchamente remuneratorios que la industria extranjera obtiene de la esplotación del salitre, nos han abierto los ojos y en médio de la general postración y abatimiento de los productos nacionales, sería muy miope el hombre público que no divisara que el porvenir industrial del país está vinculado á la nacionalización y á la utilización de esa fuente poderosa de riquezas.

Entre los males que las tituladas leyes de conversión nos han causado hasta este momento, no es, sin duda, el menor, el de que ellas han impuesto la indeclinable necesidad de poner en subasta las salitreras fiscales, como único medio de completar las acumulaciones de oro que exige la fabricación de la moneda de los 24 peniques.

Estamos completamente ciertos de que, sin el apremio de esta exigencia, no se habría autorizado la enajenación de las salitreras, porque domina, entre las conciencias ilustradas y los espíritus previsores, el convencimiento

de que es un error de trascendentales resultados, perpetuar en manos extrañas el monopolio de la única industria próspera y rica que hoy tiene el país. El remate de las propiedades salitreras fiscales, tiene que producir esas dolorosas consecuencias, no sólo porque no hay capitales en el país que puedan competir, en concurrencia libre, con la masa de recursos de los cuales disponen los extranjeros, sino porque necesitábamos precisamente de las oficinas de máquinas del Estado, para entregarlas á nuestros connacionales en condiciones de ventaja que les estimularan á iniciarse en las luchas y en los azares de esta industria que requiere de grandes médios de desenvolvimiento y que está sujeta á sacudidas violentas.

Por estas consideraciones, que renunciamos a desarrollar porque las tenemos latamente esplanadas de antemano y porque nos llevaria demasiado léjos la tarea, habíamos propuesto, como recurso de inmediatos resultados, que se iniciara la nacionalización de la industria salitrera entregando á nuestros connacionales las oficinas del Estado por médio de los antiguos contratos de elaboración. Se ha criticado también esta idea, acaso por que no se la conoce, pero con la razón ostensible de que podría acarrear perjuicios al Estado por los abusos que cometerían los elaboradores particulares. Fuimos nosotros mismos quiénes anticipamos la objeción á que se prestaban estos contratos, pero desnudándola, también anticipadamente, de toda importancia. No importan, en realidad, sino muy insignificantemente al país, los desperfectos que por falta de experiencia ó por precipitación pudieran causar los contratistas de elaboración á las maquinarias ó terrenos arrendados. Esta clase de perjuicios son comunes á todos los contratos de esta naturaleza y

contra ellos es fácil resguardarse haciendo efectivas las garantías que caucionaran estos pactos.

Habría interesado, en cambio, muy séria y muy vitalmente al país, que nuestros connacionales hubiesen podido iniciarse en la explotación de esta interesantísima industria, con el poderoso estímulo de encontrar oficinas formadas, con terrenos escojidos y con una maquinaria montada de antemano.

Todos estos requisitos son indispensables para alcanzar éxito en la árdua empresa de iniciarnos en el aprovechamiento de las riquezas salitreras. Aunque inspirados en muy sanos propósitos, yerran, en nuestro concepto, por deficientes y por fiscalistas, los proyectos presentados á última hora por el gobierno, pretendiendo vender á los chilenos, con ciertas nimias é indeterminadas ventajas en los plazos de pago, los terrenos del canton salitrero tal ó cual.

No es este espíritu de utilitarismo estrecho y mercantil, el que pueda llevarnos á la nacionalización de la industria del salitre. Se ha menester para esto ensanchar ámpliamente los horizontes, harto limitados, de nuestra política económica y resolverse á estimular, por todos los arbitrios que estén á nuestro alcance, esta verdadera reivindicación de la más potente de las riquezas nacionales entregadas á manos extrañas.

Los que miran con displicencia ó con un estrecho espíritu de fiscalismo este gran resorte de nuestro restablecimiento económico, desconocen la importancia que muy en breve habrá de atribuirle el país.

LUIS ALDUNATE.